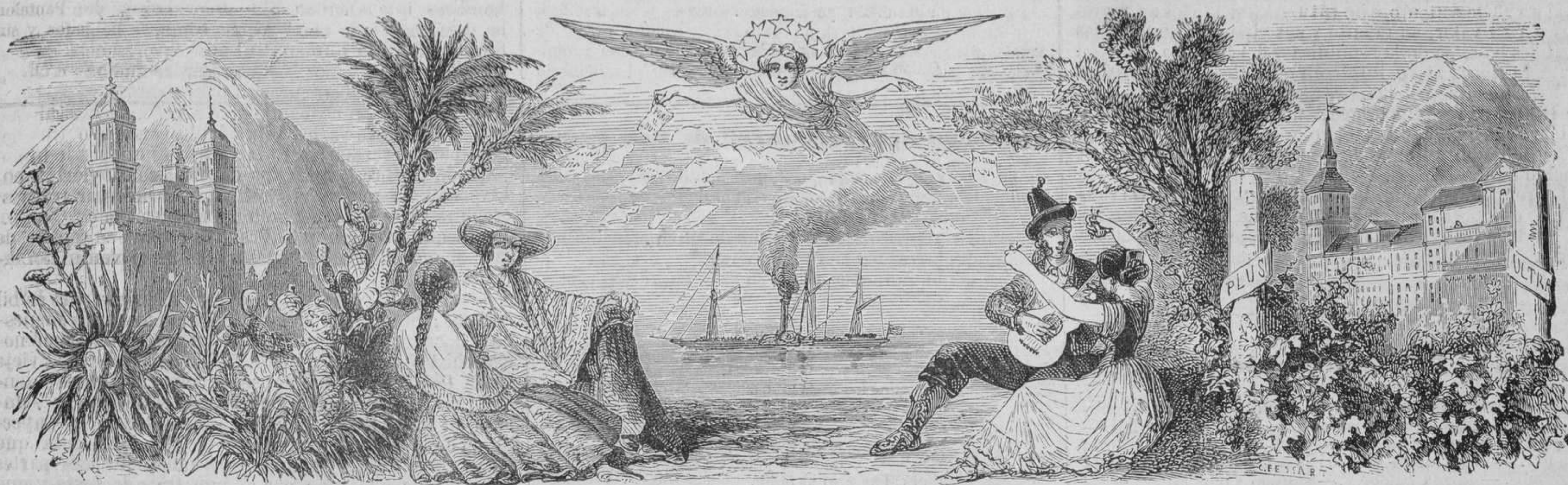


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 286.

Administracion general, passage Saulnier n° 4, en Paris.

## SUMARIO.

La estatua del mariscal Gerard en Damvillers; grabado. — Revista Española. — El ferro-carril de Mulhouse; grabados. — Revista de Paris; grabado. — Los versos de oro de Pitágoras. — A Laura. — Melancolía. — En un album. — Recepcion de la reina de Portugal en Lisboa; grabados. — La viuda del gitano; grabado. — El caballero Jolyotte. — Curiosidades inglesas; grabados. — Una aventura de Listz. — El Ghaut del Sultan de Maissour, en Benares; grabado.

## La estatua del mariscal Gerard en Damvillers (Francia).

El domingo 23 de mayo tuvo lugar en Damvillers (Meuse) la inauguracion de la estatua de mármol del mariscal Gerard.

A las diez de la mañana un cortejo numeroso y brillante, en el cual se distinguia el general Lawestine, delegado del emperador, en compañía del prefecto del

departamento, del general Marey-Monge, del conde de Lyonne, del conde de Archiac, tutor del nieto del mariscal Gerard, etc., etc., dejaba la casa de ayuntamiento para oír una misa solemne que se cantaba en el templo.

Al salir de la iglesia el cortejo se dirigió á la plaza Mayor donde se habia levantado un estrado delante de la estatua cubierta con un velo. El ejército y la guardia nacional rodeaban la estatua.

Cuando cada cual se halló en su puesto y cayó el velo,



Inauguración de la estatua del mariscal Gerard, en Damvillers.

el general Lawoestine recordó en un discurso aplaudido los principales rasgos de la vida del mariscal.

Nacido en Damvillers salió como voluntario el 11 de octubre de 1791 para ir á defender la patria en peligro. Sucesivamente sargento en 1792, alférez el año II, capitán el año V, comandante de escuadrón el año VII y general de brigada el año IX, fué nombrado general de división en 23 de setiembre de 1812. Alcanzó todos estos grados por su valor, su talento y sus virtudes. En todas las grandes batallas de la república y del imperio figuró en primera línea. Si se hubieran oído sus consejos quizá se habría evitado el desastre de Waterloo. La revolución de 1830 supo recompensarle dándole el bastón de mariscal de Francia y confiándole el ministerio de la Guerra.

A este hombre ilustre acaba de elevar una estatua el pueblo de Damvillers.

La guardia nacional, la infantería y la caballería desfilaron entonces en torno de la estatua haciendo resonar en los aires los gritos de ¡Viva el emperador! repetidos por la muchedumbre.

### Revista española.

Coplas primaverales. — El dos de mayo. — La cruz del mismo mes. — Monas y alegría en San Isidro. — TEATROS. — Don Tomás. — El Sitio de Zaragoza. — La Prudencia en la mujer. — Las Mujeres recibidas sin galantería. — Los Quid proquos. — Julieta y Romeo. — Moreno y ojos azules. — La señora Guy Stephan se despide para... no sé donde. — Otra nueva bolera. — Depart de mademoiselle Scriwaneck et de sa troupe. — El príncipe Jorge de Sajonia en Sevilla. — Viaje de SS. MM. á Valencia y Alicante. — Redoble final.

Ven, hermosa primavera,  
A dar hojas á los bosques,  
Vida y encantos al mundo,  
Y á los pájaros canciones.

De abril y mayo los días  
El sol con sus rayos dore,  
De alegría dilatando  
El corazón de los hombres.

Sus vestiduras de nieve  
Vayan rasgando los montes,  
Que en cristalinos diamantes  
Y en arroyuelos se tornen.

Libre del frío la tierra  
De gayas flores se adorne,  
Embalsamando el ambiente  
Con dulcísísimos olores.

¡Oh qué lindísimo idilio!  
¡Qué bonitas ilusiones!  
¡Tan hermosa primavera  
Por aquí no se conoce.

Aquí amenizan las horas  
Los robustos aguileones,  
Y corren calles y plazas  
Las pulmonías al trote.

Por donde quiera se escucha  
Toda una orquesta de tóses,  
Y la goma y flor de malva  
Se encarecen en la corte.

Aquí los polvos de mayo  
No curan los sabañones,  
Ni hay por recoger sus aguas  
Calvo que la calva asome.

Los hombres, por encubrirse  
Las narices y el bigote,  
Parecen capas andando  
Con sombrero y pantalones.

Pintado llevan las bellas  
El frío en su coramobis  
Por mas que ensarten las manos  
En una especie de cofre.

Los chistosos cefirillos  
Hacen que sus faldas floten,  
Y les refrescan las piernas  
Descubriendo mil primores.

Aun agradan del brasero  
Los encendidos carbones,  
Y abrasan las chimeneas  
Selvas de encina y de roble.

Y no pasa un solo día  
Sin que el Diario se adorne  
Con cinco ó seis negras cruces,  
Anunciando defunciones.

El cándido Guadarrama  
Lanza de día y de noche  
Los mortíferos suspiros  
De sus nevados pulmones.

Y no es extraño tampoco  
Que, gracias á sus favores,  
Con fresca y nocturna escarcha  
Nuestros tejados se alfombrén.

¡Ay si el sol lleno de frío  
Entré las nubes se esconde,  
Y el sudor del firmamento  
Derraman los canalones!

Y alegres los vienteçillos  
Dan en divertirse entonces  
Colocando viceversa  
De los paraguas los goznes.

Y aquí se escapa un sombrero  
Sin que nadie sepa adonde,  
Y allá vuela una peluca  
Y en el arroyo se acoge.

Mas no falta sin embargo  
Quien busque campestres goces,  
Y, si no sobre la yerba,  
Sobre la arena retoce;

Ni nos faltan tortolillas,  
Ni canoros ruiseñores  
Que cantando nos diviertan,  
Aunque en doradas prisiones.

Las flores tambien se encuentran  
Esperando quien las compre  
En el mercado, ó en fiestas  
Adornando los balcones.

Tal es sin duda ninguna  
Por estos alrededores  
La primera y mas hermosa.  
De todas las estaciones.

En la villa del madroño  
La conocemos de nombre,  
Y sabemos cuando empieza  
Si el calendario lo pone.

Hé aquí pues, queridos lectores, hablando ya en prosa, hé aquí pues los encantos primaverales, conforme se disfrutaban en la capital de España, donde la estación de las flores es divertida y variada por extremo. Este año el sucesor de abril ha participado de las cualidades de enero y de las de julio. Frios y calores, lluvias y polvo, de todo ha habido por estas regiones en los treinta últimos días.

Verificóse el segundo de ellos la función de aniversario por las víctimas de la independencia española, sacrificadas en 1808. — Medio siglo ha pasado desde aquel memorable día, y nada se ha entibiado el entusiasmo con que los madrileños le celebran. Ancianos existen que no faltan un solo año á la costumbre de oír misa en el monumento del Prado, donde reposan las cenizas de Daoiz y de Velarde. Por lo demás aquella función es siempre idéntica: honras y sermón en la iglesia de San Isidro, responsos en el Prado, salvadas de artillería y desfile de las tropas en el Campo de la lealtad, tales son los recuerdos que presencia el pueblo matritense cada vez que luce el *dos de mayo*. Creó inútil decir, porque todos pueden figurárselo, que semejante día hay abundante exposición de trajes lujosos y caras bonitas por las calles, y que las tiendas se cierran como en la mas solemne festividad.

La del día 3, que no tiene mucho de agradable, pertenecía ya á la clase de costumbres perdidas, hasta que este año ha vuelto á ponerse en práctica con toda su fuerza. Mis lectores de Ultramar acaso no sepan á qué me refiero: por si es así les diré que la *Cruz de mayo* desde tiempo inmemorial pone en conmoción á todos los chiquillos de Madrid. Hace algunos años no había portal ni tienda de comestibles ni café manchego (taberna por otro nombre) que el día 3 dejase de lucir un vistoso altar forrado de colchas, con guirnaldas de pañuelos de bolsillo y de crespon verdes, amarillos y encarnados. Allí, á la luz de veinte delgadísimas bugías, resto de las que en Navidad se fabricaron para alumbrar nacimientos infantiles, brillaban ya una efigie de Jesucristo, ya el retrato de un general distinguido, y mas abajo cinco ó seis jarros y pucheros sostenían olorosos y matizados ramos de flores. Una multitud de muchachas vestidas en traje de gala se lanzaban á la calle, conservando la tienda ó el portal por centro de reunión, y con sendas bandejillas en la mano asaltaban á cuantos tenían la desgracia de pasar por allí. « *Un cuartito para la cruz de mayo*, » es la fórmula obligada que usan aquellos angelitos para hacer su *cuestación*, pero segun el ingenio y la monada de cada una de ellas se varían los adornos del pedir. Que el transeunte tiene cara de generoso; que desde que le vieron á lo lejos venía ya sacando del bolsillo una peseta, y otras mil cosas dichas con toda la dulzura y la inocencia de la niñez, vienen á sonar en sus oídos; ¿y quién se resiste á dar siquiera dos cuartos, despues de verse puesto á la vergüenza en medio de la vía pública, como dicen los gacetilleros, entre un corro de chiquillas, mucho mas, si entre ellas las hay guapas y talluditas?

Desterrada estaba ya pues tan enojosa costumbre; pero en el presente año olvidósele al corregidor pegar por las esquinas un benéfico bando que la prohibiese, y de esta suerte alentados los pediguños, no solo se abalanzaban al público los chiquillos correspondientes á la cruz de 1858, — sino los atrasados que dejaron de salir en las de 1857 y anteriores. Calculen pues mis lectores si sería divertido el andar por las calles con tales estorbos.

Cuatro ó cinco días ha durado la alegre romería de san Isidro. El juéves por ser fiesta, el viernes como víspera del Santo Labrador, el sábado por estar dedicado al mismo, y el domingo porque era domingo, la ribera del manso Manzanáres se vió cubierta de alegre y alboratada concurrencia. Libre el sol de las cortinas de nubes que le impidieron contemplar los dos San Isidros anteriores, lució con cara de verano, respirando tabar-

dillos y sofocos, y concediendo licencia al polvo para envolver á los regocijados visitantes de aquellos campos.

¿Quién sería capaz de llevar cuenta del número de Trascos de aguardiente, cestones de rosquillas y barriles de escabeche consumidos en tales días? ¿Quién referir los chistes inspirados por el vino á millares de hombres, que andaban dibujando zig-zags por el suelo, ó sea haciendo eses? Allí se come, se bebe y se retoza, y ¡miseria humana! ni aun la presencia de dos cementerios próximos basta á recordar que hay cólicos, y médicos que saben curarlos para siempre.

Los teatros van acabando poco á poco, gracias al calor. Anúncianse varios espectáculos en dos ó tres de ellos para el verano; pero la verdad es que desde junio hasta setiembre los templos de Talia se convierten en invernaderos mas á propósito para conservar plantas tropicales que para proporcionar distracción y regocijo. Así es que el Circo y el Français cierran sus puertas con el mes presente, y los restantes acabarán en el próximo.

Tres novedades ha visto mayo en el primero de estos coliseos; una de las cuales ha llamado gente por muchas noches, y conseguido entreterla agradablemente con chistes de buen género. Hablo de la comedia llamada *Don Tomás*, obra del señor Serra, cuadrito de costumbres domésticas lleno de gracias y de sencillez. Hé aquí su argumento: Don Tomás de Nosequantos había salido de la casa paterna muy jovencillo para entrar á servir como oficial en un regimiento de caballería. La vida errante que tuvo por algunos años y el trato con *traviatas* y mozos ligeros de cascos le pervirtieron algun tanto, haciéndole llegar á creer que el amor y los goces de la familia no existen mas que en los libros y en el magin de los poetas. Una señorita, Inocencia de nombre, prima suya, y en cuya casa ha venido á hospedarse el militar, propónese conquistarle y volverlo al buen camino, y despues de sufrir resignada mil sofiones y desprecios, consigue por fin enamorarlo y hacerle caer á sus piés pidiendo matrimonio. Mezclados con estos personajes andan en la comedia los padres de Inocencia, él viejo fastidioso y cachazudo, y ella muy preciada de hacendosa; una criada picaresca y un asistente, en cuyas costillas desfoga el capitán sus arranques de mal humor.

Se ve pues que el plan es sencillo por demás y ocasionado á rasgos é incidentes cómicos, que no le faltan ciertamente. Así por ejemplo, ¿quién no se rie de buena gana viendo copiada la naturaleza al contemplar al guerrero devanando hilo con su amada, y temiendo al mismo tiempo las sangrientas burlas que le prodigarían sus camaradas si supiesen tamaña debilidad? ¿Quién no comprende que el incrédulo capitán va á ser vencido muy pronto cuando le oye hablar lleno de entusiasmo, no de caballos y de maniobras militares, sino de florecillas y suspiros?

Dice en efecto Inocencia, refiriéndose á un clavel que tiene en la mano:

INOCENCIA.

Es que yo adoro las flores:  
Resabios de la niñez:  
Son las primeras sibilas  
Que consulta la mujer.  
Quizá su aroma es su vida;  
Quizá sienten, quizá ven.

Antójasele entonces á don Tomás el susodicho clavel, pídele para guardarlo como recuerdo, y hé aquí como se explican él y ella:

INOCENCIA.

Le daré á Vd. otro.

DON TOMAS.

No: ese:

Ha de ser ese.

INOCENCIA.

¿Porqué?

DON TOMAS.

Porque tengo yo, señora,  
Toda mi alma puesta en él:  
Y si, como Vd. ha dicho,  
Las flores sienten y ven,  
Para mitigar mis penas  
Mis penas les contaré.  
Esa flor no puede nunca  
Ajarse: no puede ser,  
Tan dulce nido ha tenido  
En su dulce boca, que  
Aunque viviera mas años  
Que vivió Matusalen,  
A cada suspiro mio  
Tiene que reverdecer.  
Es la flor de mis amores,  
Con llanto la regaré.

En otra ocasion manda el oficial á su asistente, deseoso de que alguien le diga la verdad, mándale, repito, que, tratándole por un momento de igual á igual, le exponga francamente qué tal le parece, y si cómica es la contestación del soldado que exclama al punto

No te se puede aguantar,

no lo es menos el puntapié que le vale su obediente franqueza.

El lenguaje es siempre en este juguete natural y adecuado á los personajes respectivos.

En fin, ha sido aplaudido con justicia; y si tiene defectillos, se le puede perdonar fácilmente en gracia de las muchas ideas que le adornan.

Después de esta comedia, que ha sido muy bien representada por la compañía que dirigen los señores Arjona y Romea, siguió en el mismo teatro otra, que si no es gran cosa en cuanto á mérito literario, en cambio tampoco es nueva. *El sitio de Zaragoza*, drama en tres actos, original del actor don Juan Lombía, se estrenó el año de 1848 en el teatro de la Cruz con gran lujo de comparsas, decoraciones y cañonazos. Escrito para dar entradas abundantes, lo mismo en sus tres jornadas que en el prólogo, en el cual se pintan escenas del *Dos de mayo*, apenas podemos encontrar situaciones de otro género que del melodramático. Esto y los pensamientos patrióticos en que abunda valieron entonces aplausos al autor; hoy sin embargo ni el recuerdo de este, ni la relación de las hazañas de aquel valeroso aragonés que se defendió solo por largo tiempo contra un crecido número de enemigos, y luego

Tuvo tal intrepidez,  
Que cuando ya no encontró  
Armas con que defender  
El puesto, arrojó iracundo  
La última al campo francés  
Diciendo: «dadme un fusil  
Y os doy mi vida por él.»

ni otras varias cosas por el estilo han bastado á sostener el drama en la escena. Y es que el público de Madrid tiene cariño á la compañía del Circo, y no quiere que gaste el tiempo en llamar gente, sino en hacer obras de verdadero mérito; de pretensiones, como ahora se dice.

*La Prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina, refundida por el señor Hartzenbusch, ha sido recibida en el mismo teatro con alguna frialdad, que ciertamente no merece aquella comedia; que es, según los señores Lista y Durán, una de las históricas en que parece haberse esmerado el padre Tellez. En efecto, ¡qué caracteres tan bien dibujados! ¡qué situaciones tan grandes! La reina Doña María de Molina, que vende sus joyas y empeña sus tocados antes de consentir que se oprima á sus pueblos con tributos; que desprecia la corona por guardar al difunto esposo la fe jurada, y que colma de beneficios á sus enemigos diciendo:

Para confusión mayor  
Vuestra, he querido premiaros;  
Porque si acaso á inquietaros  
Vuestra ambición os volviere,  
Cuanto ahora más os diere  
Tendré después que quitaros.

aquella reina es una hermosa figura, no indigna de la mejor tragedia. Don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, enamorado de la reina, pero fiel á los derechos del rey niño, y los hermanos Carvajales y los Benavides, que deponen sus enemistades y á la voz de la reynante se reúnen para defender juntos á su rey, son también personajes trazados de mano maestra. No lo es acaso tanto el infante Don Juan; y eso consiste en que nuestros antiguos dramáticos, al revés de los de ahora, retrataban mejor la virtud que el vicio.

Es notable la escena en que el médico judío va á entrar en el aposento del rey á darle un veneno, y se lo impide el retrato de la reina que se desprende cubriendo la puerta; y no lo es menos la que sigue entre Doña María y el infante, en que después de dictarle aquella una carta dirigida al paracer á él, le dice, señalando la cámara en que cayó muerto el judío:

El que está en ese aposento  
Os dirá para quién es.

Nada perjudica á la severidad del asunto la escena episódica en que los habitantes del pueblo de Becerril aparecen esperando á la reina, que se retira á la vida privada, para obsequiarla á su manera. La arenga del alcalde que la echa de entendido, es deliciosa.

«Señora: el cura y alcalde...»  
Digo, el alcalde y el cura;  
Que aunque ir delante percura  
Por Dios que trabaja en balde.  
«Y el concejo del lugar...»  
Pero soy un majadero;  
Que había de escupir primero.  
Escupo y vuelvo á empezar.  
«El cura, que es nigromante,  
Y los nublados conjura...»  
¡Válgate el diablo por cura!  
¡Qué amigo que es de ir delante!  
«El cura y yo Berrocal,  
Alcalde después de Dios...»  
El cura y yo somos dos.  
«Pedro Gordo y Gil Costal,  
Juan Pabros y Anton Centeno...»  
Mas Juan Pabros ya murió;  
Que una correnca le dió,  
Y era el vecino más bueno  
Que tuvo en Castilla el rey;  
Murióse como un gilguero,  
Porque se merendó entero  
El menudillo de un buey.  
El cielo dejaba raso,  
Si á nubló sobia á tañer;  
Quedó viuda su mujer  
Crespa; mas vamos al caso.  
«Digo pues, que cada uno

Y todos más comunados,  
En *sollidum* concertados,  
Sin que discrepe ninguno,  
Hemos salido apostá  
Del lugar de Becerril  
Con la gaita y tamboril...»  
— Lo que toca á la langosta  
Nos afrige á cada paso.

GARROTE (aparte).

Pues eso ¿qué tien que ver?

BERROCAL.

¿Hérselo todo saber  
No es bien? Mas vamos al caso.  
«Como á vivir viene aquí  
Su maldad...»

NISIRO (al alcalde.)

Su majestad

Bestia, di.

CRISTINA.

¡Qué necesidad!

BERROCAL.

«Su majestad, bestia, di;  
Dalla el parabien percura;  
Y ansina la sale á honrar...»  
No hay reló en el lugar;  
Pero el albeitar nos cura,

.....

En cuanto al estilo este drama es uno de los más correctos de Tirso. Sirvan de ejemplo las magníficas octavas de la primera escena.

Vos, caballero pobre, cuyo Estado  
Cuatro silvestres son, toscos y rudos,  
Montes de hierro, para el vil arado,  
Hidalgos por Adán, como él desnudos,  
A donde en vez de Baco sazonado,  
Manzanos llenos de groseros fudos  
Dan mosto insulso, siendo silla rica  
En vez de trono, el árbol de Garnica,  
Intentais de la reina ser consorte.

.....

Cuatro bárbaros tengo por vasallos,  
A quien Roma jamás conquistar pudo,  
Que sin armas, sin muros, sin caballos,  
Libres conservan su valor desnudo.  
Montes de hierro habitan, que á estimallos,  
Valiente en obras, y en palabras mudo,  
A sus minas guardárades decoro,  
Pues por su hierro, España goza su oro.

.....

El árbol de Garnica ha conservado  
La antigüedad que ilustra á sus señores,  
Sin que tiranos le hayan deshojado  
Ni haga sombra á confesos ni traidores.  
En su tronco, no en silla real sentados  
Nobles, puesto que pobres electores  
Tan solo un señor juran, cuyas leyes  
Libres conservan de tiranos reyes.

.....

Y aquellas otras de la escena tercera:

DON JUAN.

Del reino desistid, si es que sois cuerda;  
Que yo le daré estados en que viva,  
Como hacen los infantes de la Cerda,  
Aunque su acción en más derecho estriba.  
Y no intente que aquí la vida pierda  
En tiernos años, la ambición que os priva  
De la razón, ni pretendais que afrente  
La sangre mi valor de un inocente.

REINA.

Muera; que no será el Abel primero  
Que al cielo contra vos venganza pida.  
Id á Tarifa; que el Guzman cordero  
Ofrece á la lealtad la cara vida.  
Si el padre noble os arrojó el acero,  
Con que á la hazaña bárbara os convida  
Que hicisteis en favor del sarraceno,  
Dando á Guzman el título de Bueno;

Honrándoos con el título de malo,  
Dad muerte á vuestro rey tierno y sencillo;  
Que yo que á su español valor me igualo,  
Arrojaros también sabré el cuchillo,  
Mas no la libertad con que señalo  
El alma que á mi muerto esposo humillo,  
Pues no he de dar la mano á quien la toma  
Contra Dios en ayuda de Mahoma.

Es igualmente preciosa muestra de versificación el romance que dice la reina:

¿Qué es aquesto, caballeros,  
Defensa y valor de España,  
Espejos de lealtad,  
Gloria y león de las hazañas?

Tal es el drama que el señor Hartzenbusch ha tenido el buen gusto de volver á la escena con el esmero y la conciencia que acostumbra. Para hacerle más representable ante el público de nuestros días ha retocado escenas largas, corregido expresiones que tal vez hoy no entendieran todos, y aumentado al final una conversación

de aldeanos en que se imita con oportunidad el lenguaje y las gracias del Padre Tellez, y que copiaría aquí de buena gana si no me hubiera ya alargado tanto en el exámen del drama original.

La comedia traducida del francés con el título *Las mujeres*, duró en el mismo escenario una sola noche, y aun esa á duras penas. Mas afortunada la pieza en un acto que la siguió, obtuvo algunos aplausos, aunque tampoco vivió mucho. Llámase *Los quidproquos*, y su autor don Elías Aguirre y Lavignere.

Antes de cerrarse este teatro aun ofrece novedades para los primeros días del mes entrante. Mientras tanto sigue haciendo las obras más aplaudidas en esta temporada y en las anteriores.

En Novedades se ha pasado el mes con las representaciones de *Baltasar*, que han llegado á cuarenta y seis. Una pieza en un acto llamada *Moreno y ojos azules*, y el drama del señor Bacarrete *Julieta y Romeo*, son las dos cosas nuevas dadas al público durante las noches de mayo en aquel foro. Ni de aquella ni de esta puedo decir nada, porque estrenadas la penúltima noche del mes no he podido aun verlas.

La señora Guy Stephan nos ha dado el último adiós en el teatro de la Zarzuela. Un nuevo baile: *El duende del valle*, y varios trozos de otros, han sido sus saltos de despedida, premiados como de costumbre con sonoras palmadas.

También las ha obtenido en Novedades otra bailarina española llamada Rosa Espert, poco conocida por estas tierras, pero muy celebrada, según cuentan, en el extranjero.

El *Théâtre français*, después de haberse animado con la presencia de la señora Scriwaneck, concluyó sus tareas por este año. Hé aquí según costumbre las piezas que en él se han hecho: En dos actos *les Princesses de la rampe*; *Gentil Bernard*; *le Premières Armes de Richelieu*. En un acto: *Flaneuse*; *le Laquais d'Arthur*; *Indiana et Charlemagne*; *Roger Bonlemps*; *Henriette et Charlotte*; *Un petit coup d'oreille*; *la Femme aux œufs d'or*; *l'Amour qu'est-ce que c'est que ça*; *l'Enseignement mutuel*; *Rose des bois*, y las canciones *Combien votre cœur?* y *Le pont de Saint-Benoit*, dichas por la señora Scriwaneck.

En Sevilla han estado las gentes muy entretenidas con la visita del príncipe Jorge, duque de Sajonia, que acompañado del duque de Montpensier visitó lo más notable de aquella ciudad y sus cercanías; y no lo están menos ahora los alicantinos y los valencianos con el viaje de SS. MM. No hay tiempo todavía de saberse los pormenores de los festejos preparados para obsequiar á los reyes en aquellas provincias, pero sí se sabe ya que en todos los pueblos del tránsito han sido extraordinarias las demostraciones de afecto prodigadas á la real familia. Agolpábase la multitud á los lados del ferro-carril; salían todas las autoridades á felicitar á la reina, y músicas, danzas y arcos de flores llenaban de inusitada vida las estaciones, los pueblos y los campos. En Albacete descansaron SS. MM. algunas horas, y al entrar en Alicante los buques españoles y extranjeros, haciendo las salvas de costumbre, indicaron la hora de la inauguración oficial de la vía férrea. Después de esta ceremonia, que se verificó con el mayor aparato, bendiciendo las locomotoras el Excmo. señor patriarca de las Indias, empearon SS. MM. á visitar lo más notable de la ciudad. Serenatas, banquetes, besamanos, excursiones á los inmediatos santuarios y una corrida de toros ocuparon á la corte los dos días que permaneció en la patria del turron, y llenando luego los vapores que esperaban en aquellas aguas se dirigió toda la comitiva á Valencia, donde se preparan festejos mayores todavía, que pienso contar en la revista próxima.

Refiérense cosas terribles para el bolsillo de los curiosos que han ido por aquellas tierras acerca del increíble precio á que se han remontado los viveres y los alojamientos. Según algunos, en estos días ya no se cuenta allí sino por duros, gastándose dos ó tres puñados de ellos diariamente, y eso los que viven con economía. Afortunadamente el no ser grandes capitalistas la mayor parte de los expedicionarios hace presumir que tan crecidos gastos deben suceder entre dos luces.

Pero lo que es verdad que Alicante y Valencia se han llenado de forasteros, que si bien habrán pasado algunas incomodidades, en cambio pueden admirar tantas y tan variadas funciones, y el indecible entusiasmo con que la reina ha sido acogida por donde quiera.

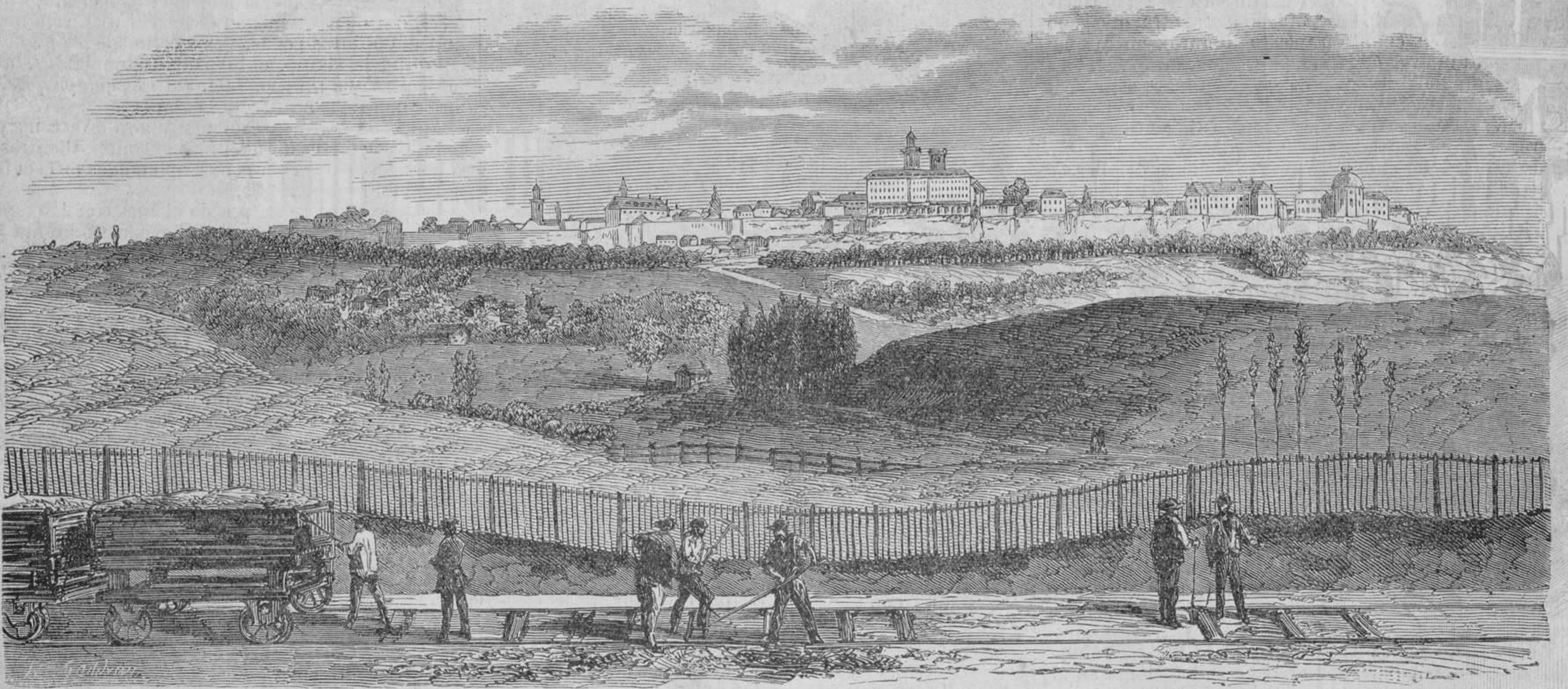
Y con esto dió fin el mes de las flores, el florido mayo, que viste de verdes alfombras las praderas, y los bosques de frondosas ramas, y quitando al sol la pantalla de nubes, abrasa la tierra y tuesta á los mortales, obligándoles á preparar la maleta y á echar á correr en busca de baños de mar y de aguas minerales.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

#### El ferro-carril de Mulhouse (Francia).

La sección de Vesoul á Belford que acaba de ser inaugurada, ofrece á las industrias y al comercio del Este de la Francia, una línea de comunicación continua de París á Basilea de un desarrollo total de 521 kilómetros. El número de las estaciones que se encuentran en esta importante vía hasta Mulhouse es de sesenta y cuatro. Cuéntanse entre las principales poblaciones escalonadas en el trayecto, Troyes, Bar-sur-Aube, Chaumont, Langres, Vesoul, Belford, Altkirch y Mulhouse. La línea toca á los lugares de producción y de industria manufactu-

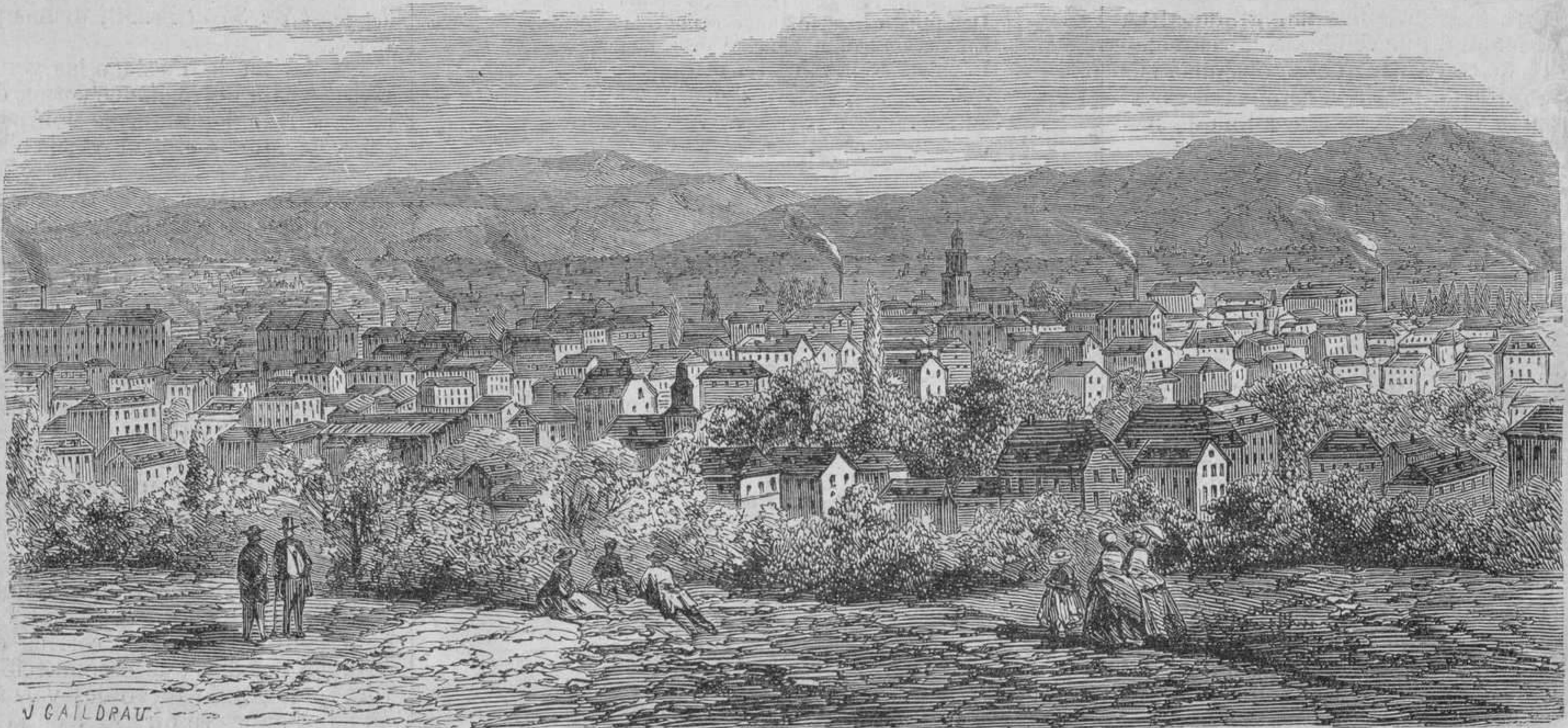
rera mas considerables de los departamentos del Aube, | jes ordidarios pone esa grande arteria en comunicacion | Provins, Arcis-sur-Aube, Bas-sur-Seine, Chatillon-sur-  
 del Alto Marne y del Alto Rhin. Un servicio de carrua- | con varias ciudades industriales ó comerciantes, como | Seine, Brienne, Bourbonne, Plombieres, Gray, etc.



El pueblo de Langres.

La seccion recién abierta entre Vesaul y Belford comprende siete estaciones. El trazado del camino al paso de esas localidades, ha dado lugar á obras de alguna importancia.

Citaremos en particular el tunel de la Chailere y el de Genevreuille, y las zanjas de Montaignu y de Barres. A beneficio de la nueva línea las mercancías pueden ser



Mulhouse.

encaminadas en derecha del Havre y de Paris, hasta la alta Alsacia, la Alemania meridional y la Suiza.

Por otra parte la inauguracion de la seccion de Belford á Besançon, que tuvo lugar el 16 de mayo último, abre una buena salida á la línea de Paris á Mulhouse, poniéndola en comunicacion con el camino del Mediterráneo.

F.



Basilea.

Jul. Sautbren



Coronacion de una rosière, en Nanterre, el domingo de Pentecostés. (Véase la Revista de Paris.)

G. und L.

## Revista de París.

Enrique de S... entró en posesión hace tres años de una cuantiosa herencia que le dejó su padre á su fallecimiento. Dos años nada mas le bastaron para consumir sus caudales. Es verdad que Enrique llegó á ser uno de los jóvenes á la moda; tenia coches, caballos, palco en los teatros de ópera francesa é italiana, viajaba como un príncipe en el estío, y perdía al juego de la impasibilidad de un boyardo moscovita.

Esta existencia brillante pasó como un relámpago; un día Enrique echó de ver que apenas le quedaba una corta suma de cinco á seis mil francos, que era como la mitad de lo que debía á su sastre.

Con este dinero en la cartera atravesaba el jardín de Tullerías, muy triste y meditabundo, cuando acertó á descubrir á su lado dos señoras vestidas de negro; en aquel instante la mas jóven volvió ligeramente la cabeza, y Enrique descubrió una fisonomía pálida y suave adornada con abundantes rizos de color de oro, que despertó en él una simpatía extraordinaria.

A la salida del jardín las dos señoras esperaron á que pasase un coche, y cuando llegó subieron á él; Enrique las siguió en otro carruaje.

Los coches llegaron al ferro-carril del Norte, en cuyo embarcadero esperaba á las damas un anciano de porte marcial y vestido de viaje.

Enrique estaba seducido, fascinado; no pudiendo soportar la idea de no ver nunca mas á la jóven, tomó como ellos un billete para Boloña, y un momento despues se hallaba instalado en el vagon al lado de la hermosa desconocida.

— Sin duda pararán en Boloña, dijo para sí; mas ¡ay! al llegar á Boloña se dispusieron á embarcarse con dirección á Folkstone.

Un instante Enrique vaciló; la idea de pasar al extranjero donde se encontraría solo estuvo para detenerle; pero en breve tomó su resolución y siguió á sus compañeros de viaje.

El padre que era un militar retirado con quien habia hablado ya algunas palabras en el camino, se acercó á él y le preguntó si iba á Lóndres.

— Sí, señor, respondió Enrique mirando á la jóven que se sonrió suavemente y suspiró.

En poco mas de dos horas el vapor arribó á Folkstone.

En seguida marcharon á la capital británica.

— ¿Se va Vd. á detener en Lóndres? le preguntó la madre cuando hubieron llegado.

Un instinto secreto advirtió á Enrique que sus compañeros de viaje tampoco pararian allí y respondió:

— No señora, voy mas lejos... mucho mas lejos.

— Como nosotros, dijo el padre; una desgracia ocurrida en la familia nos lleva á los Estados Unidos.

— ¡Dios mío! exclamó Enrique.

— Sí, vamos á Nueva York, donde acaba de morir mi hermano que deja una viuda desolada y que nos espera; vamos á vivir en su compañía.

— ¡Qué casualidad! añadió Enrique; yo tambien voy á Nueva York por razon de negocios.

A estas palabras la jóven se cortó y se puso encarnada como una cereza.

Tres días pasaron en Lóndres en la misma fonda esperando el momento en que saliera de Southampton el vapor para los Estados Unidos, y al cabo de este tiempo se embarcaron juntos.

Hace quince días Enrique ha vuelto á París con su señora, pues se casó con la jóven que siguió hace mas de un año, la cual, por el fallecimiento de su tia en Nueva York, llegó á ser una rica heredera.

Todas las deudas de Enrique están pagadas, y sus amigos de París le han vuelto á ver con alegría, si bien comenzó por declararles que habia roto ya con su vida pasada, y que se proponia ser en adelante un hombre de orden y de conducta, un modelo de esposo.

Ya que nuestra crónica de la semana se ha echado hoy á viajar por esos mundos, contaremos á nuestros lectores una aventura de ferro-carril, de que han hablado los periódicos parisienses.

Era en la línea de Bélgica; una señora viuda se encontraba sola en un vagon en la mañana del sábado último, y celebraba esta buena suerte de ocupar un coche entero, cuando de súbito se abre la portezuela, y un hombre se arroja en los asientos con una precipitación inusitada.

Un instante el desconocido se mantuvo con la cabeza baja y el rostro oculto en sus manos; esperaba á que el convoy se pusiera en marcha.

Así que silbó el vapor y la locomotora arrastró los vagones, nuestro hombre se enderezó lanzando un profundo suspiro.

La viuda se habia arrinconado en el punto mas distante de la diligencia, y esperaba lo que podia suceder con una inquietud vaga.

Su compañero de viaje no la dió mucho tiempo para sus reflexiones.

— Señora, la dijo sin preámbulo de ninguna especie, aquí tiene Vd. un par de tijeras, hágame Vd. el favor de cortarme el pelo.

Y al hablar así, se quitó el sombrero, bajó la cabeza y mostró una abundante cabellera negra crespa y perfumada.

La viuda hizo un movimiento que manifestaba su sorpresa, su temor y su repugnancia.

— ¿No ha oído Vd.? exclamó el hombre; el tiempo urge, vamos.

La viuda continuaba guardando silencio, pero temblaba como las hojas en el árbol.

— Puesto que de nada sirven las súplicas, ahora la mando á Vd. que me corte el pelo.

Y el hombre clavaba en ella una mirada feroz.

La viuda creyó que habia llegado su última hora.

Tomó las tijeras y temblando hizo caer los rizos de cabellos negros que sin duda estorbaban al desconocido.

Terminada la tarea el hombre sacó un espejito del bolsillo y se miró en él.

— Muy bien, muy bien, exclamó; tiene Vd. una destreza maravillosa, y la doy á Vd. las mas cumplidas gracias.

Y al mismo tiempo recogia el pelo cortado y le arrojaba por la portezuela del vagon.

— Ya que es Vd. tan complaciente desearia pedir á Vd. otro servicio; ¿me lo permite Vd.?

La viuda en el colmo del terror respondió con un ademán afirmativo.

— Tenga Vd. la bondad de ponerse á mirar un momento por la portezuela. Vea Vd. qué campiña tan hermosa; la gustará á Vd. contemplar ese panorama.

La pobre mujer asomó la cabeza con la docilidad de un autómatá.

Algunos instantes despues oyó una voz débil y trémula que la decia:

— Puede Vd. volverse.

La dama se volvió y se halló en presencia de un anciano muy venerable de megillas arrugadas y pelo cano, que con unos anteojos azules leia gravemente un periódico; apartó las miradas del diario y las dirigió en torno suyo con una expresión de una suavidad que heló la sangre en las venas de la viuda.

— Es Vd. la señora mas amable y bondadosa que he encontrado en el mundo, exclamó el viejo improvisado; me ha hecho Vd. favores que no olvidaré en mi vida; voy á parar en la estacion de la frontera, que está muy próxima, y no quiero dejar á Vd. sin manifestarle mi gratitud. Me gustaria poder decir á Vd. mi nombre; pero no es tiempo aun de que Vd. lo sepa, y hasta suplico á Vd. que guarde silencio sobre esta aventura; dentro de pocos días sabrá Vd. quién soy.

Pocos instantes despues paró el tren en la frontera de Francia, y el desconocido se arrojó por la portezuela del vagon con la misma rapidez con que habia entrado.

La viuda respiró, y á los dos días leia esta nota en los periódicos de Bruselas:

«El cajero de la casa L... y compañía de la ciudad de \*\*\* se ha fugado el sábado último llevándose una suma considerable. Los agentes despachados en su persecucion le perdieron de vista en el ferro-carril de Bélgica. Es un hombre de treinta y cinco años, de pelo negro y crespo y de constitucion robusta.»

La viuda se apresuró á informar á la justicia de lo sucedido, y así es como ha venido á conocimiento del público este lance curioso.

En una casa del barrio de los Inválidos ha muerto en la última semana una celebridad popular.

Perteneciente á una de las familias mas ilustres de la aristocracia inglesa, lady X..., despues de haber brillado algunos años en París en los salones de la nobleza, tanto por su hermosura como por las gracias de su cultivado entendimiento, abandonó la sociedad para entregarse á los desórdenes de una pasión que afortunadamente es muy rara en una mujer bien nacida; bebia con exceso licores fuertes, y frecuentaba para dar rienda suelta á esta inclinacion degradante las tabernas mas pobres.

Muy á menudo se la encontraba en las barreras; por la noche concurría á las tabernas de los mercados, y era muy conocida en la plaza Maubert y en el barrio de Mouffetard, donde viven los traperos. Los parroquianos de los lugares á que acudia la designaban con el nombre de «la marquesa de San Pochard» (pochard llama el vulgo á un hombre beodo).

Vestida siempre á la última moda conservaba con los bebedores que se embriagaban en su compañía y á su costa, un aire de dignidad bastante imponente para que todos la respetasen.

No obstante, en muchas ocasiones la exaltacion pasajera de sus facultades intelectuales producida por el exceso de las bebidas espirituosas, la habia conducido á ciertos actos de excentricidad, por los cuales los agentes de policía hubieron de arrestarla. Mas de una noche habia pasado en el cuerpo de guardia de los mercados; en él durmió el 28 de febrero de 1848.

Su familia la vigilaba, pero solo para que cobrara exactamente una pension bastante crecida, pues en virtud de este principio de la libertad inglesa de que cada cual es dueño de conducirse á su gusto, no ponian ninguna clase de obstáculos á su deplorable afición á la bebida.

Una noche halló en una taberna á un estudiante de esos que no llegan nunca al doctorado, bebedor como el primero, y que entonaba con voz estentórea una cancion de Beranger en que se celebran las delicias de la bebida y el placer que tiene el estudiante en vender sus libros para disipar su producto en la orgía.

Las palabras de esta cancion famosa entusiasmaron á lady X... que en breve se enamoró del cantante, y seis meses despues le dió su mano; el estudiante se halló en el colmo de la gloria; habia disipado todo su patrimonio, no poseia un céntimo ni esperanzas, y la fortuna de la inglesa le suministró los recursos que necesitaba para continuar entregándose á su pasión favorita.

Hace dos años le recogieron muerto en la via pública, donde habia fallecido de un ataque de apoplejia fulminante, causado por la bebida.

La susodicha marquesa no experimentó la mayor pesadumbre, y continuó su vida acostumbrada. Ocupaba un bonito cuarto bien amueblado, donde la han hallado sin vida herida como su marido de una congestion cerebral, determinada por la misma causa. Así lo cuenta un periódico judicial del sábado último.

Dos palabras sobre el grabado que se ve en la página anterior.

En un pueblecillo de las cercanías de París llamado Nanterre se corona de rosas todos los años el domingo de Pentecostés á una jóven nubil que ha merecido este premio por su virtud, y que llaman *rosière*. Esta fiesta de origen muy anti-

guo, se conserva en Nanterre, sin que se hayan alterado en nada las ceremonias tradicionales. Preside el acto el señor alcalde acompañado del consejo municipal, y en la procesion figuran los guardias de corps de la «rosière», armados de paños largos á guisa de espada, así como tambien las cofradías de jóvenes, *rosières* meritorias, agrupadas en torno del estandarte de la Santísima Virgen.

En medio de este cortejo aumentado con la mayor parte de los habitantes de la comarca, la jóven es conducida á la alcaldía para recibir la corona cívica de rosas blancas, con mas una cruz de oro y cierta cantidad de dinero. — A la fiesta sigue una feria muy visitada durante algunos días por los parisienses.

MARIANO URRABIETA.

## Los versos de oro de Pitágoras.

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL TEXTO GRIEGO.

Da culto á los dioses inmortales  
Segun las santas leyes han dispuesto.  
A los héroes despues rinde homenaje,  
Y acata los solemnes juramentos.  
Respetá y haz legales sacrificios  
A las divinidades del infierno:  
Honra á tus padres, honra á tus parientes,  
Y ten por tus amigos á los buenos.

Inclínate á las obras provechosas:  
No opongas resistencia al buen consejo,  
Ni por liviana falta, mientras puedas,  
Vean en tí tus amigos duro ceño.

Aprende á dominar el apetito  
Del comer y beber: domina el sueño,  
La lascivia y la cólera: nada hagas  
Que fuere torpe y de pureza ageno,  
Ni con otros ni á solas; á tí mismo  
Mírate con pudor y con respeto.  
Practica la justicia, y te acostumbra  
A estar en tu razon y sano acuerdo,  
Pensando que es morir cosa segura  
Y los bienes del mundo pasajeros.

La parte que te cupo de los males  
Dados al hombre por el hado adverso,  
Soporta con dulzura, y sin airarte  
Aplica á tus dolores su remedio,  
De las cuitas humanas contemplando  
Ser la parte menor para los buenos.

En los hombres verás buenos discursos,  
Y veráslos ruines y perversos:  
No te causen asombro, ni consientas  
En desviarte de tu buen intento.  
Si alguna vez te hablaren con mentira,  
Calla y escucha con paciencia; pero  
Que ninguno á decir ó hacer te arrastre  
Lo que en tu buen sentir no fuere honesto.

Antes de dar principio á tu trabajo,  
Piensa para evitar los desaciertos.  
Sé prudente: no ofendas á los hombres  
Con actos ó con dichos indiscretos:  
Obra por el contrario cosas tales  
Que nunca llores su dañoso efecto.  
No te ocupes de aquello que no entiendas:  
Dócil pide á la ciencia sus secretos.  
Con estas reglas de vivir, tus días  
Serán dulces, tranquilos y risueños.

Te conviene además ser cuidadoso  
En lo que mira á la salud del cuerpo:  
En comida, en bebida, en ejercicios  
Pon saludable tasa y justo medio.

Sea sóbrio tu vivir; tal la llaneza  
De tu casa y persona en el gobierno,  
Que no excites la envidia: nunca gastes  
Con torpe indiscrecion fuera de tiempo:  
Mas no seas avaro: que es en todo  
Una justa medida el don perfecto.  
Haz lo que no te dañe: vaya siempre  
Delante de la obra el pensamiento.

A la hora del descanso, no á tus ojos  
Concedas, hijo, el regalado sueño,  
Sin antes ver lo que pasó en el día,  
Y cada cosa examinar atento.  
¿Dónde estuve? ¿Qué hice? ¿Qué obra útil  
Dejé sin acabar? Y discurriendo  
Por todo, de lo malo te arrepiente:  
Ten dulce regocijo por lo bueno.  
Medita y aprovecha estas lecciones:  
Ama por tu bien propio estos consejos:  
Que ellos te han de poner, si los practicas,  
De la virtud divina en el sendero.  
Por aquel que nos dió las cuatro fuentes  
De vida perenal te lo prometo.

Tu obra al comenzar, ruega á los dioses  
Que le den venturoso acabamiento;  
Y en viéndola acabada, reconoce  
Que es instable, pues viene á tierra luego  
Cuanto el hombre fabrica, y lo que sale  
De la mano de Dios es solo eterno.  
Ser la naturaleza igual en todo  
Reconoce tambien: vive contento  
Si alcanzas la verdad; esto nos cumple:  
Que esperar lo imposible es loco empeño.

Reconoce por fin que por su arbitrio  
Se cercan los mortales de tormentos.  
¡Infelices! no ven, no ven ni escuchan  
Estando cerca el bien. ¡Cuán pocos dellos  
Rompen su esclavitud! Tan crudas hieren  
Las parcas el humano entendimiento,  
Y rodando, rodamos por la tierra,  
Solo para llorar males inmensos:  
Con el hombre ha nacido, y es del hombre  
Fmesta compañera acá en el suelo  
La discordia fatal, la que sus dardos  
Arroja y huye á su escondite puesto.  
No quieras provocarla: mas te vale  
Sus iras evitar siempre cediendo.  
¡Oh Dios Padre! Del mal, del mal nos libra  
Y en la eleccion del bien danos acierto.

Peró ten confianza: que los hombres  
De linaje divino descendieron,  
Y la santa, la pródiga natura  
Les irá revelando sus misterios.  
En tanto, de los males que te agobien,  
Si cumples mis mandatos, serás dueño,  
Y salvarte podrás; mas piensa, piensa;  
Son de tu reflexion constante objeto  
Purificar y redimir el alma.

Estas cosas medita con buen seso.  
A todo tu razon se sobreponga,  
Que es el mejor auriga, y cuando el cuerpo  
Abandonando al éter libre subas,  
Será la eternidad tu digno premio.

GENARO ALENDA.

Madrid 2 de marzo de 1858.

### A LAURA.

Por tí, Laura hermosa, mis flores contaron,  
Sus tristes pesares, su inquieto dolor;  
Por tí sus brillantes colores mostraron;  
Por tí, tambien ellas alegres cantaron  
Sus dichas de amor.

Hay flores humildes, altivas y bellas  
Con mantos de encaje y hermoso tisú;  
Si ciñes, oh Laura, tu frente con ellas,  
Parecen coronas de blancas estrellas;  
Y el cielo eres tú.

Al ver tu megilla de castos colores,  
Al verte mas pura que pura es la flor,  
Te ofrezco en tributo y en prenda de amores  
Un libro modesto, con vidas de flores  
Y ensueños de amor.

Si sientes, oh Laura, penoso desvelo,  
Inquietos pesares, tristeza y afán;  
Si el alma suspira de amargo recelo...  
Sus páginas abre, y en ellas consueto  
Tus ojos verán.

¡Feliz y envidiable la flor cuya historia  
Merezca y consiga tu dulce favor!  
¡Dichoso si ocupo tu casta memoria!  
Pues son mis ensueños de nombre y de gloria,  
Tu nombre y tu amor.

### Melancolía.

Suspiro de los ángeles,  
Alma del alma mía,  
Incomprensible espíritu  
Dulce melancolía,  
Amiga del dolor;

Sobre tus alas trémulas  
Lleva mi pensamiento:  
Dame á beber tus lágrimas...  
Se templará un momento  
La fiebre de mi amor.

JOSÉ SELGAS.

### En un album.

Si alguna vez el llanto  
Tus ojos quema,  
No olvides la esperanza  
Que nos consuela.  
Si; nunca dudes  
Que es un don la esperanza  
De las virtudes.

EMILIA DE SANTA COLOMA.

### Recepcion de la reina de Portugal en Lisboa.

Segun ofrecimos á nuestros lectores vamos á dar algunos detalles sobre la entrada de la reina de Portugal en Lisboa, sobre el gran acto de la ceremonia nupcial y las fiestas que le siguieron. Para ello trasladaremos á continuacion la siguiente correspondencia fechada el 21 en Lisboa.

La escuadrilla que conducía á nuestra jóven soberana ha entrado en el Tajo el 17 á las seis de la tarde, y ha fondeado en frente al palacio *Das Necesidades*, cerca de Belem.

Las descargas de la artillería del puerto Saint-Georges, situada en una eminencia de 80 metros al menos encima de la ciudad, ha anunciado á los habitantes y á la inmensa afluencia de gente que corria de todas las provincias, la aproximacion del convoy real. En seguida se ha visto destacarse como por encanto, de todos los puntos de la ribera, buques de vapor y de vela, chalupas, yachts, y hasta lanchas llenas de personas deseosas de ser las primeras en saludar la venida de la jóven Estefanía, y de manifestar su entusiasmo.

El convoy ha sido acogido á su paso por inmensos hurras de los marinos de todos los buques de guerra y mercantes que se hallaban en el puerto; la jóven reina se ha presentado muchas veces, agitando graciosamente un pañuelo blanco para explicar cuánto agradecía esta simpática acogida.

El rey, acompañado de su padre el ex-regente y los infantes é infantas de la corte, ha ido á hacer á las siete la primera visita á la augusta viajera, y hasta las diez de la noche no ha regresado á su palacio.

Ayer ha tenido en fin lugar el gran acto de la ceremonia nupcial.

Desde las siete de la mañana estaban las tropas en sus puestos respectivos, y una multitud compacta circulaba por las calles de Oro y Augusto, en la plaza de San Pedro (Rocio), y en la plaza del Comercio, sitio escogido para el desembarque.

De todos los actos de que hemos sido testigos en este dia memorable, el mas sorprendente ha sido sin duda el del desembarco de la jóven reina.

Figúrense Vds. una bahía inmensa que en este punto tiene mas de dos leguas de ancho, limitada por montañas por el lado de la España, y surcada en todos sentidos de barcos de toda especie, empavesados de una multitud inmensa, en uno de los costados de la plaza, y de millares de damas lujosamente ataviadas, en las ventanas de los ministerios, de la aduana y de las casas particulares de la plaza del Comercio; esta misma plaza, adornada de arcos de triunfo, de estatuas colosales, y delante de un jardín improvisado desde la orilla del agua á un pabellon encantador, donde mas de 3,000 personas convidadas gozaban de este sorprendente espectáculo, un cielo puro y sin nubes, una brisa ligera y fresca, y en fin, el séquito real deslumbrante de oro y pedrerías, y solo tendrán una idea de este golpe de vista magnífico y pintoresco, que pocas ciudades en el mundo pueden presentar.

El rey ha ido en una magnífica falúa, preparada al intento, á buscar á su jóven esposa; tanto á la partida como en el momento del desembarque, mas de 500 buques acompañaban al jóven monarca y á su augusta esposa. El entusiasmo ha sido extraordinario, y los portugueses que, segun se dice, son sóbrios de expansiones entusiastas, han acogido á la interesante pareja con las mayores aclamaciones y vivas continuos.

Al punto que SS. MM. llegaron al pabellon real, donde les esperaban los ministros, los grandes dignatarios del reino, etc., etc., los individuos del ayuntamiento llegaron á complimentar á los augustos esposos. Los discursos pronunciados en esta ocasion son sencillos y dignos; y hay sobre todo en la respuesta del jóven rey algunas frases que conmovieron todos los corazones, y no podemos resistir al placer de traducírselas á Vds.

«La ciudad que la muerte despoblaba apenas hace algunos meses, oculta hoy las lágrimas con que regaba el fúnebre ciprés. Este es para mí y para la reina el mas claro testimonio, que el acontecimiento que fija nuestro porvenir no pasa desapercibido para la ciudad de Lisboa. Doy de corazón las gracias al ayuntamiento de Lisboa, intérprete de los sentimientos del pueblo que representa, por las palabras que acaba de dirigírnos.

»La reina me suplica que os asegure su vivo reconocimiento, y me permite citaros las sencillas y sentimentales palabras que me escribia apenas hace algunos dias, hélas aquí: «La madre querida nos dejó un ejemplo de grandes virtudes que tendré siempre presentes, y que

me esforzaré en imitar. Espero que bendecirá nuestra union como lo haría si tuviéramos aun la felicidad de poseerla en la tierra.»

Un poco despues de esta recepcion el cortejo real desfiló precedido de 200 coches, que conducian á los altos funcionarios y á la corte, dirigiéndose á la hermosa iglesia de Santo Domingo y Santa Justa, donde debía tener lugar la ceremonia nupcial.

Los coches reales en número de once, diez antiguos y uno moderno.

El ex-regente, el rey Don Fernando, padre del rey Don Pedro, acompañaba entonces á sus augustos hijos, cuyos trajes sencillos y ricos, pero sobre todo su hermosura angelical, causaba la admiracion pública.

Se notaba en el coche de los augustos desposados al príncipe Leopoldo, hermano de la jóven soberana.

Aunque el pueblo portugués no es excesivamente expansivo en su entusiasmo, hemos oido en muchos puntos del pueblo numerosos vivas, y una lluvia de flores que caía de todas las ventanas y balcones que cubria los coches.

SS. MM. llegaron al templo á la una y media, y al punto empezaron las ceremonias nupciales, seguidas de un magnífico *Te Deum*, compuesto por el señor Manuel Inocencio de los Santos, uno de nuestros primeros compositores.

La ceremonia, á la que no pudimos asistir, aunque provistos de billetes de introduccion, á causa del cúmulo de la muchedumbre y de los coches, ha sido excesivamente tierna. El patriarca bendijo á los jóvenes esposos, en quienes se veía brillar el contento y la alegría mas manifiesta.

Este sentimiento era mas visible en la hermosa y de ordinario seria fisonomía del jóven rey, que saben Vds. indudablemente, fué, hace un año, á las cortes extranjeras á escoger por sí mismo una princesa para esposa. Por otra parte, no podia haber recaído mejor su eleccion: la jóven reina Estefanía, sin ser una hermosura extraordinaria, es hermosa, graciosa y simpática, y nadie duda al verla tan amable para el pueblo, que será querida por toda la nacion. Tiene el cutis de un blanco puro, ojos azules magníficos, cabellos castaño-oscuros, y un verdadero busto de reina. Su frente es un poco estrecha; el verdadero tipo prusiano.

Despues de la ceremonia, el rey, la reina y la corte han asistido á un almuerzo, servido sin pretensiones en la sacristía de la iglesia, y eran cerca de las tres cuando SS. MM. se volvieron á poner en camino para retirarse al palacio de las Necesidades.

A pesar del sol abrasador, no era menos compacta la muchedumbre á la retirada, y las aclamaciones en algunas calles eran generales y espontáneas, al punto que se veía la jóven pareja real.

Inmediatamente despues, las tropas que habian formado en la carrera y asistido á la ceremonia, se formaron en columnas y desfilaron en presencia del rey, de la reina y de la real familia, con sus músicas á la cabeza. El continente de las tropas nada dejaba que desear, y he oido á muchos alabar el buen aire, la extrema limpieza y la excelente disciplina de este pequeño ejército de 7 á 8,000 hombres, poco mas ó menos, de todas armas.

Al anochecer toda la ciudad estaba iluminada, y una muchedumbre compacta, que se calcula en 150,000 personas, recorría las calles y especialmente la ciudad baja para admirar el efecto sorprendente de la hermosa plaza del Comercio y la de Don Pedro.

Al dia siguiente (19 del corriente) continuaron las fiestas públicas.

Despues de medio dia el rey y la reina recorrieron las calles de la ciudad en carretela abierta, y casi sin escolta. Numerosas aclamaciones y vivas frenéticos del pueblo principalmente, acogieron en muchos puntos á los augustos esposos. Se veían brillar en las fisonomías de la pareja real la alegría y la gratitud por tan simpática acogida.

Por la tarde, el rey, su augusta esposa, Don Fernando, ex-regente, y sus hijas asistieron al teatro nacional de Doña María II. Nuevas muestras de entusiasmo se renovaron por los espectadores.

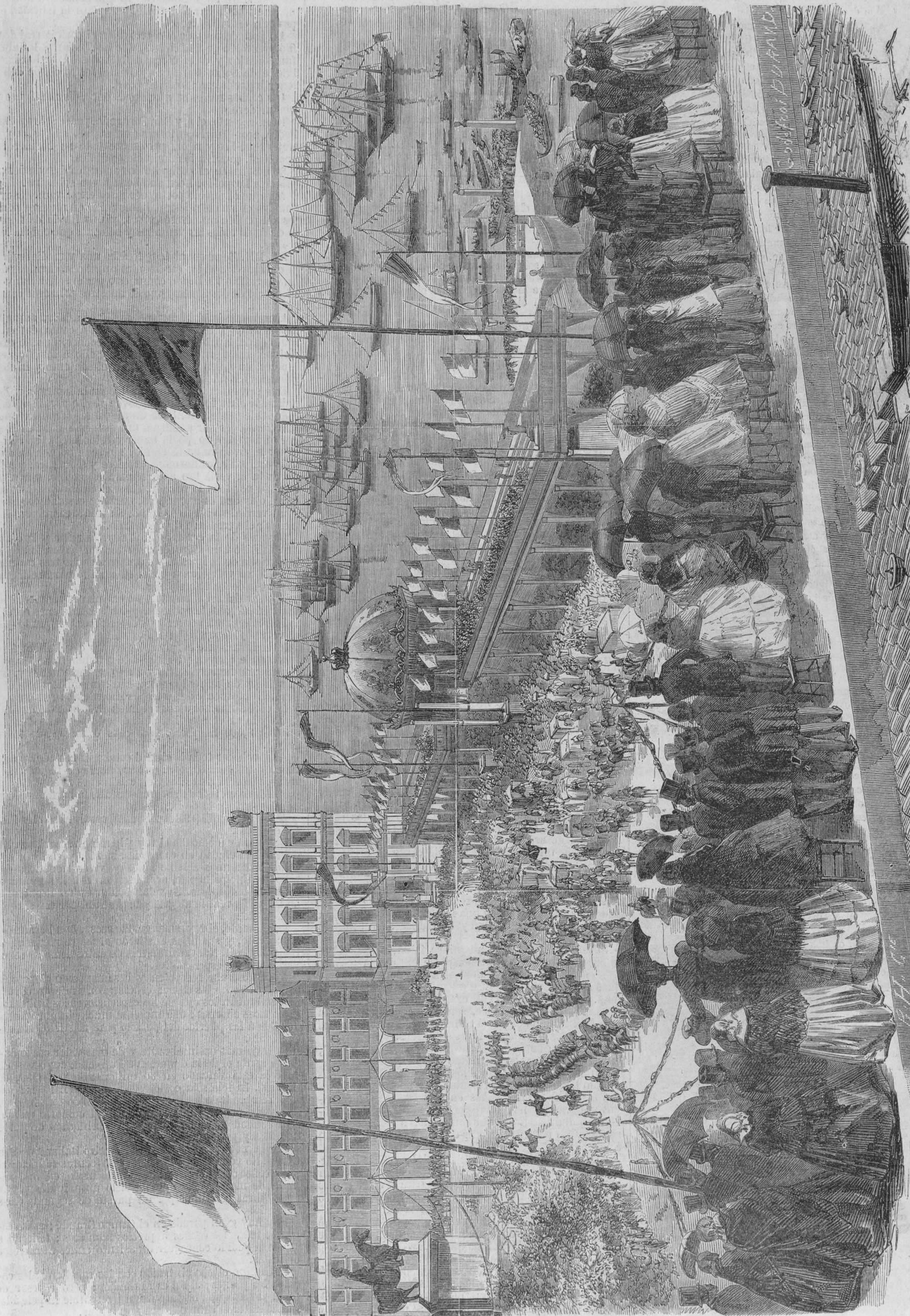
Ayer 20 hubo recepcion y besamanos en el palacio de Belem. Todas las damas estaban con traje de corte; deslumbraban los ojos de los espectadores los brillantes y los ricos adornos; una inmensa muchedumbre habia acudido á las puertas del palacio para asistir á este espectáculo.

El traje mas deslumbrante y de mas valor era indudablemente el de la duquesa de Palmella, cuyo vestido de cola está valuado en 80 millones de reis (480,000 francos). La tela sola costó 6,000 francos en Paris; estaba sembrada de brillantes y de piedras de todas clases. Se notaba principalmente un delantal cubierto casi en su totalidad el tejido de seda con brillantes de puros destellos y perlas de gran valor.

Por la noche, la corte fué al teatro Italiano de San Carlos. No podrán Vds. figurarse qué locuras se hicieron para conseguir localidades; por decirselo en una palabra, le manifestaré que he visto á un inglés pagar cinco libras esterlinas por un puesto de segunda clase del patio.

Hoy hay gran parada en el Campo Grande; están tomados todos los coches á precios fabulosos; felices los que han podido conseguir un asiento en los numerosos omnibus.

El camino estaba obstruido con los caballeros, los coches, los peones; el sol es abrasador; pero á pesar de todo, parece que una impulsion irresistible impele á las masas hácia el campo de las maniobras.



Recepcion de la reina de Portugal en Lisboa.

del Rey y del Rey de Portugal. Por el Rey de Portugal.





La viuda del gitano, recuerdo campesino de los Vosges.

H. Schuler

### La viuda del gitano.

El autor de la composición que se halla en la página anterior es un artista francés, M. Schuler, del que hemos publicado ya algunos dibujos de una originalidad notable. En Estrasburgo, que es su país natal, ha dado á luz colecciones de láminas que admiran mucho los inteligentes, tanto por la fidelidad de la observación, como por la maestría del dibujo. El departamento de los Vosges ha ofrecido materia á M. Schuler para una serie de estudios pintorescos sobre las cosas y las personas de esa comarca, entre los cuales figura la escena que ha reproducido aquí con una verdad que puede apreciarse fácilmente.

X.

### EL CABALLERO JOLYOTTE.

(Conclusion).

La duquesita cruzó sus manos sobre su pecho con un abatimiento extremado.

— Otra página triste que debo añadir á la negra historia que acabo de contaros. Suponiendo que obtuviéramos el consentimiento del caballero Jolyotte, nunca obtendríamos el de mi padre.

— ¡Quién sabe! exclamó Estéban.

La duquesita dejó correr sus lágrimas libremente.

— Gracias, dijo, ahora veo que me amais. Todo lo que puedo aseguraros es que tal como me veis hoy me encontrareis mañana, el año próximo y siempre.

Estéban se levantó ébrio de felicidad; pero cuando se dirigió hácia la puerta Luisa le contuvo diciéndole:

— No, no será como ayer... vuestro cubierto está en la mesa, y comereis con nosotros.

Estéban, que no había visto á la baronesa hacia muchos días, se presentó en su casa á la otra mañana.

La hermosa viuda estaba en su saloncito, vestida de muselina blanca y con el pelo muy rizado. Tendió la mano al jóven y le acercó á ella.

— ¡Cómo se escasean las visitas!

Estéban se excusó lo mejor que pudo.

La baronesa le interrumpió amenazándole con el dedo.

— Vamos, repuso, sed franco conmigo, ó creeré que me habeis destituido de mis graves funciones de confidenta... ¿Habeis estado de conquista?...

Estéban miró á la baronesa riendo.

— Quizá, contestó el jóven.

La baronesa clavó los ojos en Estéban.

— Observo cierta cosa en vos que nunca había visto... se diría que por la primera vez la aventura es seria.

— Sí, muy seria.

— ¡Ah!

— Se trata de matrimonio.

La baronesa se puso muy encarnada. ¿De qué procedía este rubor? ¿No habría ella podido confesarlo?

— ¡Dios mío! exclamó, ¡qué modo de decir esas palabras!

La viuda no sabía aun si debía temer ó esperar. ¿Se presentaba Estéban á escudarse bajo su protección, ó debía resignarse á ver su fuga?

— Vamos, le dijo, contadme como ha sido esa resolución.

Estéban, sin vacilar un punto, la hizo una relación sincera de todo lo que había pasado, omitiendo sin embargo las circunstancias relativas á la posición anterior de Luisa; pero cuando sonó el nombre de la heroína, la baronesa, que no podía contenerse mas, estalló diciendo:

— ¡Cómo! ¡Esa mozueta á quien hemos dado el apodo de la duquesita!... ¡Una maestra de dibujo cuyo origen se ignora! ¡Bonita elección!

— ¿Pero no es jóven, inteligente y virtuosa? respondió Estéban un poco aturdido.

— Un partido soberbio... No posee nada...

— ¿Qué importa, si mi fortuna basta para dos?

— ¡Una mujer que no tiene nombre!

— Ahora si que no os comprendo... ¿Y la unión de las almas, y las simpatías, y los impulsos de un corazón tierno, y todas vuestras teorías sobre las felicidades del sacrificio y del amor?

La baronesa se encogió de hombros.

— Discursos de salón... frases huecas... pero en la práctica... estais loco.

La máscara había caído; Estéban veía á la baronesa tal como era.

— Teneis razon, dijo inclinándose, pero es una locura que me conviene.

La lengua de la hermosa viuda se había adelantado á la reflexión; ella lo conoció y sonriendo repuso:

— Hijo mío, la vida no es una novela, y es preciso pensar un poco en el mundo y en el porvenir... Hablemos pues con franqueza.

El capítulo de sus objeciones era inagotable; no contestaba el mérito de Luisa, pero sin injuriarla, se podían hallar personas que con tanta virtud y bondad la Hevaran la ventaja de la posición, de la fortuna y del nacimiento.

Estéban escuchaba, pero seguía firme en su resolución.

Si era hombre que mostraba una grande indiferencia en todos los actos cotidianos de la vida, en cambio una vez determinado á hacer una cosa, nada podía desviarle de su propósito.

La baronesa lo comprendió así. De repente apareció

ron en sus megillas unos matices rojos, no podía dominar su impaciencia. Al cabo se levantó bruscamente exclamando:

— Veremos lo que dirá vuestro tío el caballero Jolyotte cuando sepa esa locura.

Esta palabra que puso fin á la conversacion fué un rayo de luz para Estéban.

Recordó confusamente ciertas confidencias que le habían hecho en otro tiempo, confidencias en que andaban mezclados los nombres del caballero y de la viuda; sabía que ella había conservado sobre su ánimo mucha autoridad y no dudó que le escribiría inmediatamente.

Preciso era pues salir al encuentro al peligro; por desgracia hacia muchos años que Estéban solo tenía muy raras y cortas relaciones con su tío que vivía solo en el fondo de un antiguo castillo de la Picardia. Muy oportunamente se acordó de M. de Sorgues, que en diferentes ocasiones le había hablado del caballero, en cuya casa había vivido y que podía suministrarle útiles noticias.

Sin perder un instante salió en busca de su primo y le encontró en la biblioteca de Santa Genoveva, donde Andrés sacaba apuntes para una nueva obra de filosofía.

— Deja tus libretos y ven á comer conmigo, le dijo Estéban.

— Nada perderá en ello la posteridad, respondió Andrés alegremente.

Y rechazó los volúmenes y siguió á Estéban.

V.

Sabía muy bien Estéban que Andrés era un buen muchacho en quien podía fiarse, de modo que entabló la confianza en cuanto se hallaron sentados en el gabinete de una fonda. Apenas pronunció el nombre de Luisa cuando Andrés le echó los brazos al cuello.

— Ahora, querido primo, le dijo, soy tu hermano.

Y como Estéban le mirase con asombro añadió:

— ¡Aglae es mi duquesita!

— Te quitas la máscara, añadió Estéban alegremente.

Con pocas palabras Andrés estuvo al corriente de la situación, aunque Estéban reservó la parte relativa á M. Delarue y á sus relaciones pasadas con el caballero. Pero el consentimiento del caballero era indispensable, y había que tomar informes antes de dar ningún paso cerca de él.

Andrés tomó un aire sombrío.

— ¡Ah!... exclamó, es un tártaro; hace un año le ví con motivo de Aglae, cuya mano quizá habría pedido entonces si él hubiese querido adelantarme algunos fondos que me eran necesarios para entrar en un negocio que aseguraba mi fortuna. ¡Cómo me recibí!... Me parece que aun le veo á la puerta de su castillo vestido como un palurdo y con su cara de mal humor... ¡Qué días pasé allí!... ¡qué comidas!... ¡qué paseos á pié por cuevas y barrancos!... Pero en fin, el amor le hace á uno cobarde... me sometí á todo, y cuando tenía ganas de ahogarle, me sonreía con amabilidad. Y todo en vano, mi querido primo... Me volví como había ido, un poco mas delgado, porque me moría de hambre. Ya verás si tienes precisión de ir á su casa. ¿Pues y su criado?... Se llama Onesimo; es mas miserable que su amo. Si nuestro tío es tu última esperanza, ¡ay de tí, querido Estéban!

Estéban llenó su vaso y bebió.

— ¿Eres tú el único de la familia que ha ido á visitar á ese terrible viejo?

— No, respondió Andrés; otros me han imitado, y la mayor parte de ellos para conquistar una parte de la herencia... Ya sabes que tenemos como una docena de primitos...

— Lo menos.

— Pues todos tocaron retirada. El mismo tratamiento produjo el mismo resultado.

Estéban tendió la mano á Andrés diciéndole:

— Gracias, iré á verle.

En rigor Estéban podía romper con la baronesa, prescindir del consentimiento de su tutor, y tratar de vencer á fuerza de ternura el obstáculo que existía por parte de M. Durand; pero era hombre que no llevaba las cosas al extremo sino cuando no podía pasar por otro punto.

Las dificultades de la situación y su amor á Luisa le aconsejaban el temporizar lo mas posible.

Una vaga esperanza de conciliación le llevó por la noche á casa de su hermosa prima, que halló rodeada de cuatro ó cinco personas á quienes estaba distribuyendo el maná del sentimiento y de la ternura.

La baronesa le tendió la mano con indolencia y á Estéban le pareció mas vaporosa y mas rubia que nunca. Cuando daba algunos pasos de la chimenea á la puerta, le pareció que un bonito dedo, obediendo á una mano blanca, le hacia señal de que se acercara.

Era Aglae que recogiendo los largos pliegues de su vestido de muselina, le invitaba á que se sentara á su lado.

— Poneos ahí, le dijo prendiendo su aguja en el canamazo; nadie os disputará ese puesto.

Estéban miró por toda la sala.

— Es verdad, exclamó, no ha venido.

Aglae fijó en él una mirada significativa.

— ¿Habeis visto á M. de Sorgues? le preguntó, mientras en su frente aparecía una tinta ligera de color de rosa.

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Hace un instante.

— Tanto mejor: hablaremos con franqueza...

Y buscando una hebra de seda é inclinándose sobre su bordado continuó diciendo:

— Esta mañana habeis venido á ver á la baronesa, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Y la habeis hablado de nuestra querida duquesita?

— Es cierto.

— ¡Oh! no creais que me enfado, al contrario; me érais muy simpático, y desde ahora os llamo mi amigo... Pero creo que antes de hablar de este asunto allá junto á la chimenea, habeis debido declararos aquí junto á esta ventana.

Y al decir esto Aglae designaba con los ojos el lugar que ocupaba la baronesa y aquel en donde ella estaba.

Estéban muy sorprendido la pidió explicaciones.

— Es muy delicado, respondió ella; deberiais comprenderme, lo que lograriais buscando en vuestros recuerdos. Quizás entonces descubririais el sentido oculto de muchas cosas que se escapan á vuestra penetración.

Y al hablar así con una sonrisita que parecía implorar el perdón, Aglae confesó á su primo que durante año y medio había sido el espanto de su vida. Como la mas interesada en la cuestión había echado de ver los proyectos de la baronesa, que no se podían contrarrestar con una resistencia ostensible.

Dejando á un lado los sentimientos, quedaban los intereses, y en cuanto á esto la balanza se inclinaba en favor de Estéban. Ahora bien, conocian personas que muy novelescas en palabras lo eran menos cuando terciaba la cuestión de intereses. Otro peligro no menos grande era la preferencia que acordaban á Estéban en contra de Andrés; había pues que conjurar un doble peligro, lo que se habría logrado con un poco de astucia. La declaración súbita de Estéban lo había comprometido todo, porque si bien Aglae era la única que se debía casar, era preciso antes agradar á la baronesa.

Andrés sufriría tambien las malas consecuencias de este golpe.

Todo esto fué dicho con mucha finura de expresión; Estéban se había quedado atónito; la jóven silenciosa sabía meditar y sentir en el silencio.

Los jóvenes convinieron en que Estéban seguiría viendo á la baronesa, y que toda la dirección del asunto quedaria á cargo de Aglae que no se interesaba menos que él en el desenlace.

— Adios, la dijo despidiéndose, sois pues desde ahora el ministro del Interior.

Un incidente puso á prueba muy luego la sinceridad de Aglae. Cuando Luisa se presentó á dar su lección, la baronesa había mandado á su doncella que la pagara lo que la debía, previéndola al mismo tiempo que eran ya inútiles sus visitas.

Luisa espantada miraba las monedas de oro que tenía en la mano, y por fin dijo á la criada que deseaba ver á la baronesa. Pero la negaron el permiso para ello y hubo de retirarse sin haber obtenido una sola palabra de explicación.

Instruida de lo que había pasado, Aglae se dirigió en un coche con una doncella á casa de Luisa. Apenas la vió cuando sin hablarla se arrojó en sus brazos.

— De nada tengo yo la culpa, la dijo; pero perdonadme.

El corazón de la duquesita no pudo resistir á esta muestra de afecto.

— Haré mas aun, la dijo devolviéndola un beso de hermana; en cuanto vos me lo aconsejais seré la primera en tender la mano á la baronesa.

Bajaron al jardín del brazo. Aquellas cosas naturales contenidas por causas diferentes se abrieron una á otra con estremecimientos de alegría. Luisa se mostraba aun muy grave y seria en la expresión de su felicidad; Aglae tenía una expansión mas juvenil con una punta de malicia que hacia sonreír á su compañera.

Luisa conoció por lo que Aglae la decía que Estéban no se lo había confesado todo; le agradeció su discreción, pero no estaba muy tranquila sobre el resultado de su conspiración; se figuraba que aquella amiga que Dios la había enviado, se hallaba en mejor estado que ella para alcanzar el buen logro de sus deseos. El obstáculo que tenía que vencer era insignificante. Por parte de Luisa, una vez conquistado el caballero Jolyotte, era preciso someter á su padre. Sin embargo, el lenguaje suave y persuasivo de Aglae la dejó calmada sino curada, y ya miraba en torno suyo con menos inquietud que antes.

Al salir de casa de la baronesa Estéban tenía ya formada su resolución. Lo mas urgente era ver al caballero. Al otro día fué á casa de Luisa, y por la tarde salió de Paris llevándose en su corazón la querida imagen de Luisa como un talisman.

No había querido anunciar su visita, y cayó como una bomba en casa de su tutor, siendo recibido por un criado que hablaba con tono meloso y que era Onesimo. El caballero recorría una heredad destrozada por el granizo; Estéban llegaba en mala ocasión, la casa estaba en la tristeza, se habían perdido tres bueyes.

— Comeremos carnero, dijo Estéban.

Pronto conoció Estéban que Andrés no le había engañado. En la casa reinaba una economía que rayaba en mezquindad; el cuarto que le dieron tenía un aspecto miserable; en cambio se oían muchos discursos sobre la salubridad del clima y sobre las ventajas de la soledad.

— Estéban lo observaba todo con paciencia; por la noche cuando hubieron despachado prontamente las legumbres con un poco de tocino y los huevos duros que componían la cena, exclamó el caballero:

— No has cenado mal, querido sobrino; pero no te acostumbres...

— No hay cuidado, respondió Estéban.

El caballero con su rostro rubicundo y sus ojos un tanto torcidos, tenía un aire irónico que hizo reflexionar á Estéban. El hombre parecía doble y era digno de estudiarse. En aquel castillo rodeado de hermosos campos todo era para él indicios y materia de observaciones. Visitó los establos y las granjas, y por todas partes le sorprendió la riqueza de aquella casa. El caballero que iba detrás lanzaba hondos suspiros. Tenía que vender algunas vacas para pagar las reparaciones, y la cosecha no cubriría los gastos de labranza. Los arrendatarios no pagaban, los vinos no se vendían.

— Es una lástima, dijo Estéban; ¿queréis que os preste cien escudos?

El caballero le miró de reojo y respondió:

— Muchas gracias; hoy nada necesito, pero mas adelante no digo que no.

Una noche al pasar á su cuarto Estéban llamó á Onesimo. El viejo criado sin ningún exordio le hizo un curso de moral en el que la economía estaba representada como la principal de todas las virtudes. Su amo pasaba por rico y lo era en realidad; pero muy astuto había de ser el que dijera adónde irían á parar sus bienes. El caballero no hablaba nunca de esto... Sin embargo, Onesimo creía que todo sería para aquel que mantuviera las cosas en el estado en que se hallaban: era como una recompensa ofrecida á la avaricia.

Onesimo se interrumpía para extasiarse sobre la finura de las camisas de Estéban; uno de los primitos se había perdido porque gastaba botas de charol; ¡debían costar muy caras! Si Estéban quería permanecer en el castillo y conquistar las buenas gracias del tío, tenía que formar un plan de conducta; Onesimo le guiaria.

— Bien, dijo Estéban, no te arrepentirás de lo que hagas por mí.

— No lo dudo, repuso el criado apagando una de las dos luces que había encendido Estéban.

Al otro día al entrar en el comedor Onesimo le hizo señales de inteligencia. Se habían suprimido en la mesa los huevos duros.

— Onesimo, le dijo Estéban echándose á reír, ya que no hay huevos saca la gallina.

— ¡Dios mío! ¿Dónde la iré á buscar?

— A dos pasos.

Y cogiendo una escopeta Estéban mató un pavipllo que hacía la rueda en el corral.

— Recoge y anda á la cocina, dijo al criado.

El caballero puso el grito en el cielo.

— Comeremos pues, ya que has hecho esa hazaña; pero cuidado con que se repita: no quiero arruinarme. Yo salgo mañana para un cortijo que está á pocas leguas de aquí, donde permaneceré algunos días. Vigila con Onesimo en la casa, y si traen algo de dinero, guárdale hasta que yo venga.

El tío marchó y Estéban en dos días revolvió toda la casa.

Tomó á su cargo la dirección de todo con espanto de Onesimo, y se daba una vida de príncipe. Fué aquello un verdadero saqueo en la bodega y en la despensa. Mandó sacar un carricoche para pasearse por el campo, ordenó que amueblaran con lujo su habitación, y el dinero que recibió le metió atrevidamente en su bolsillo.

Onesimo alzaba los brazos y gemía con desesperación.

En esto llegó el caballero, y al ver aquel despilfarro llamó á sobrino.

A las primeras palabras del caballero que gruñía como un oso encadenado, Estéban le declaró que no había venido á visitarle para morir de hambre, y que quería comer bien y divertirse. En cuanto al dinero lo devolvería á su regreso á París. Hasta entonces el caballero Jolyotte le permitiría recurrir á su bolsillo; gracias á Dios no necesitaba su sucesión, pero ese no era un motivo para hacer penitencia.

El caballero gritó como un pagano; Estéban gritó mas fuerte, y dijo que había convidado á comer á catorce vecinos.

Durante tres días pelearon sin tregua; pero al fin de la semana el caballero una tarde que estaba á la mesa donde resplandecían ricos manjares y exquisitos vinos soltó una carejada y tendió la mano á Estéban diciéndole:

— Eres un buen muchacho á fe mía; me gusta, y tan cierto como que soy tu tutor, te adopto desde ahora.

## VI.

La máscara había caído para siempre. El caballero Jolyotte era un filósofo que hacía un libro en acción, pues le divertía estudiar la especie humana en la persona de aquellos que le visitaban.

Había pasado de los cincuenta, no tenía hijos, nada en la riqueza, y el cielo le había provisto de un crecido número de colaterales que aspiraban á la sucesión. Un día le vino la idea de hacer experiencias de moral, y el primer sobrino que cayó allí fué su primera víctima. Le sometió á un régimen de anacoreta, y no le dispuso de ninguna prueba. El segundo tuvo la misma suerte, y así sucesivamente toda la familia. El criado

le ayudaba en esta comedia. Un sobrino que repitió la visita fué tratado como un lacayo; sin embargo, todo lo sufrió, y el caballero juró que este no recibiría un óbolo de su herencia.

Uno solo de sus sobrinos le había dejado con algún sentimiento; era Andrés de Sorgués, en quien había notado una indignación contenida con dificultad; á este le reservaba una parte de su herencia. En cuanto á los otros le inspiraban hastío.

Así que se marchaba uno de ellos el caballero se reía locamente; cuando el aspirante se iba á la cama después de haber cenado un plato de verdura, el caballero mandaba sacar exquisitos manjares y vinos escogidos, y brindaba á la bajeza de la humanidad.

Cuando llegó Estéban iba á tomar la resolución de vivir grandemente y dejarlo todo á los hospitales. La fuerza de la costumbre se lo impidió, pero estaba encantado con lo que había sucedido.

— Ahora que conoces mi historia, dijo al terminar su relación, dime francamente porqué has venido aquí. Me acuerdo que un amigo mío que había viajado mucho, me decía que escudriñando bien todas las acciones de los hombres, siempre se hallaba en el fondo una mujer.

— No era tonto el amigo.

— ¿Con que hay una mujer en el asunto?

— Sí.

— Cuéntame pues el caso, que me divertirá.

El caballero Jolyotte escuchó la relación de Estéban que puso el mayor cuidado en evitar toda particularidad que pudiese despertar las sospechas del tío.

El caballero guiñaba el ojo y se sonreía meneando la cabeza.

— ¿Y luego? preguntó cuando Estéban había concluido.

— ¿Qué queréis decir?

— Veo que estás enamorado y eres correspondido, y por eso te pregunto: ¿y luego?

— No hay nada.

— ¡Cómo! ¿Nada?

— Cuento casarme con Luisa.

El caballero llenó su copa y miró á su sobrino con ojos alegres.

— En mi tiempo los hombres no eran tan sentimentales, repuso; no te critico sin embargo si la cosa te agrada... yo habría huido como una liebre á la idea del matrimonio.

— Es verdad que Luisa no tiene fortuna...

El caballero se encogió de hombros.

— Eso es lo menos, exclamó; la riqueza no es nada, el matrimonio todo.

El caballero vació su copa, y arrellanándose en el sillón repuso con el aire de un monje que confiesa á un penitente:

— ¿Parece que esa boda no agrada á todos?

— ¿Habeis recibido una carta de la baronesa?

El tío hizo una señal de cabeza afirmativa.

— ¡Ah! prosiguió lanzando al cielo una mirada que parecía buscar en el aire la señal de recuerdos lejanos, la baronesa tiene ideas en la materia que no están de acuerdo con su modo de hablar... ¡vaya un enigma!...

El caballero no se explicó mas, pero dió á Estéban una palmada en el hombro y le dijo:

— Eres el único jóven de provecho que he encontrado en el mundo; cuenta conmigo, iremos á París y verá la novia; si es tal como la pintas, dame esos cinco, la hago mi sobrina al instante... pero me darás quince días...

Estéban convino en ello. Un punto estaba ganado y era mucho, lo demás vendría después, y únicamente en París, cuando una casualidad calculada pusiera en presencia á M. Delarue y al caballero Jolyotte.

El tutor había cambiado enteramente; estaba loco de júbilo con su sobrino, pero el contento que se mostraba en su conducta, no impedía que en ciertos momentos se descubriera también el indicio de una preocupación adormecida por el tiempo, pero siempre firme.

El sábado principalmente era notable esta preocupación; en ese día el caballero parecía muy abatido, muy triste y silencioso. Solía ausentarse ó comer solo.

Todo esto le pareció de buen agüero á Estéban.

El caballero no había olvidado pues á M. Delarue.

Un día que sorprendió á su tío muy pensativo por el jardín, le contó la historia de un pobre hombre que tenía una manía singular.

Todos los sábados se encerraba sin querer ver á nadie; y lo mas extraño es que mandaba poner tres cubiertos en su mesa, uno para su hija, el otro para él y el otro para un desconocido que no llegaba nunca. Se ignoraba el origen de ese capricho.

El caballero se trastornó al oír esta historia, y preguntó con una emoción mal disimulada cómo se llamaba el viejo.

— No lo sé, respondió Estéban; me contó lo que os acabo de decir un amigo que le conocía.

El caballero dió algunos pasos; mil preguntas acudían á su boca, y no sabía cuál de ellas dirigir á Estéban á quien miraba á veces de reojo.

— Podrías convidar á ese amigo á venir aquí, le dijo.

— Ha muerto, respondió Estéban.

La conversación se cortó en este punto; pero al otro día el caballero marchó á la ciudad próxima, diciendo que no volvería sino muy tarde por la noche. A la misma hora el viejo profesor de lenguas estaba sentado delante de su mesa abandonada; Estéban pensó que no se había engañado.

Poco tiempo después una mañana que el tío y el so-

brino se paseaban por un prado, el caballero sacó de su bolsillo una carta que enseñó á Estéban diciéndole:

— Es de tu hermosa prima.

La correspondencia de la baronesa seguía adelante; escribía casi todos los días, y no disimulaba sus sentimientos acerca de la duquesita.

Sin embargo, su cólera se había apaciguado un poco, y no dudaba que aquella locura de casamiento era hija de alguna pena de amor.

Estéban se sonrió y reconoció en la insinuación la mano hábil de Aglae.

El caballero miraba con ironía á su sobrino; se veía que no estaba lejos de creer lo que decía la viuda.

— Una pena de amor me hizo á mí marchar á las Antillas, dijo, pero la Martinica es menos temible que la iglesia... Entre nosotros, tu heroína me parece que razona como un financiero... será tan humilde y modesta como quieras, pero eso no impide que haya elegido un buen mozo que tiene veinte mil francos de renta anual.

Estéban se puso encarnado.

— La baronesa no sabe lo que se dice, exclamó; he ofrecido mi mano á Luisa, y ella no la quiere, porque no es mujer para entrar en una familia contra la voluntad de los parientes, y está segura de que no consentireis en ese matrimonio. Con esto me despidió, y por eso estoy aquí.

— ¿Y porqué se figura que yo negaré mi consentimiento?

— Porque en París os tienen por un hombre duro, seco y avaro... queréis saber la verdad y os la digo.

El caballero no respondió, pero fué murmurando hácia el castillo:

— ¡Necia!... ¡tontuela!... ¡ya verás cómo merezco mi reputación!... vete al diablo.

Aquella misma noche salió con dirección á París en compañía de Estéban.

El caballero fué á vivir con su sobrino, pero al punto marchó de visita á casa de la baronesa, vestido de gala, es decir, á la moda de hace quince años: estaba soberbio.

Estéban que quería hablar con Aglae, tuvo la idea maliciosa de acompañarle.

Al primer campanillazo y cuando la puerta se abrió, un suspiro se escapó de los labios del caballero: al hacer su entrada en el salón temblaba un poco, pero en cambio la baronesa estaba firme.

Estéban la miró; nada en ella manifestó emoción alguna; tendió la mano con igual gracia al tío y al sobrino, y preguntó á este si seguía en sus trece.

— Nadie es dueño de su destino, respondió Estéban, que cogido de improviso no tuvo tiempo para calcular su contestación.

La casualidad quiso que respondiera á un pensamiento íntimo de la baronesa.

— Soy tan buena, repuso esta sonriendo, que casi os perdonaría si ese amor tuviera otra causa; pensad en vuestra familia.

Estéban pensó que quería casarse; pero guardando para sí esta reflexión, dejó al caballero con la baronesa y se fué con Aglae á un cuarto contiguo.

Aglae dejó corriendo sus bordados, y tomó la mano de Estéban con una efusión que manifestaba cuán entrañable era su cariño.

Además tenía muchas cosas que decirle. Había calmado en parte la cólera de la baronesa con reflexiones que habían dado otro curso á sus pensamientos.

Igual procedimiento había empleado para poner en evidencia la persona y el nombre de Andrés de Sorgués; pero aquí los medios de contemporización que recomendaba no fueron admitidos tan fácilmente. En fin, había esperanzas si Andrés se sometía al plan que ella tenía.

No esperaba menos sumisión por parte de Estéban; pero en esta campaña diplomática creía hallarse en posición de poder obrar mas eficazmente que sus dos aliados.

Aglae no explicaba los medios que ponía en obra; usaba muchas reticencias y quería que adivinaran.

Lo que la jóven quería sobre todo era un consentimiento á lo que decía. Si en el interés comun adelantaba alguna cosa perteneciente á cierto orden de ideas, no quería ser desmentida por ningún motivo.

La sorpresa que Estéban experimentó en la primera conversación que con ella tuvo se repitió por segunda vez; aquella seguridad mezclada de abandono le dejaba atónito y encantado al mismo tiempo. No se cansaba de escuchar á su prima, y la llamaba riendo su querido consejero. Aglae tomó su aguja.

— Me tomáis por un fenómeno y no es así, dijo con una sonrisa argentina. El milagro proviene de que en vez de vivir como un pajarillo que canta alegre en la enramada, he vivido en el silencio como un pobre mochuelo.

Cuando Estéban se reunió con el caballero Jolyotte, conoció en su aire que su entrevista con la baronesa no había tenido el mismo resultado que la suya con Aglae.

La satisfacción no era igual por ambas partes.

Una vez fuera de la casa, el caballero pegó con su bastón en el suelo fuertemente.

— ¡Ah! exclamó; ¡igual cabello, igual lenguaje!

Esta sola exclamación dijo mas á Estéban sobre el efecto producido por la baronesa, que habría podido decirle un largo discurso.

El caballero seguía dando bastonazos; un espejo que había en la calle le detuvo.

— ¿Los años no marchan pues para todo el mundo? exclamó con asombro.

Y volviéndose á Estéban continuó:

Curiosidades inglesas (fin.) — Tipos de pordioseros en Londres. — Dibujos de Gavarni.



Strand.



Clare-Market.



White-Chapel.



High Holborn.



San Giles.



Covent-Garden Market.



Una acera ilustrada.



En el pórtico de una iglesia.

— Ignoro lo que has hecho, pero en el tono con que habla de tí la baronesa, hay algo que nada bueno me indica... Son perfidias que conozco. En cuanto á la novia tampoco es de su gusto.

— ¿Qué le hace? dijo Estéban.

— Hace mucho, exclamó el caballero.

Y entabló una larga disertación sobre lo que llamaba él los derechos de la baronesa.

Era esta de la familia, y persona cuya opinión por el rango que ocupaba en el mundo, tenía un peso considerable; en todas las cosas de importancia siempre se había contado con ella. El bien ó el mal que podría decir del matrimonio de su primo le abriría ó le cerraría las puertas de las mejores casas. Por su gran crédito podría alcanzarlo ó perderlo todo.

Durante este flujo de palabras Estéban miraba al caballero, y vió traslucir las señales de una influencia que no creía ya tan poderosa. Era como el eco de un sonido que se haría oír al cabo de diez años de silencio.

Aquel magnetismo singular cuyos efectos había podido descubrir en muchas ocasiones, obraba de nuevo y solo por la fuerza del contacto y de la vista. El caballero encerrado en su castillo solitario apenas había salido de él y sufría su hechizo. Era un peligro contra el cual había que estar en guardia.

En esto pensaba Estéban y el caballero seguía discutiendo, cuando de repente se paró exclamando:

— ¿Me has dicho que tu novia vive en la calle Plumet?

— Sí, núm. 43.

— Voy corriendo.

Y estrechándole la mano se fué hácia la casa señalada.

A la hora en que debía llamar á la puerta, Estéban sabía que no hallaría al viejo profesor, pues por la mañana corrió á ver á Luisa y á decirle que habían llegado. Así en el caso poco probable en que el caballero la fuese á visitar, no la cogería desprevenida.

Tranquilo en cuanto á esto trató de ver á Aglae aquel día para darle parte de su conversacion con el caballero y suplicarla que pusiera en juego todos sus recursos para reconciliarle con la baronesa. El consentimiento del caballero dependía quizá de esa reconciliación.

Aglae le escuchó contando los puntos de su bordado.

— Difícil es, respondió, pero en fin trataré de lograrlo. Eso sí, no os metáis en nada.

Estéban prometió cruzarse de brazos.

## VII.

El caballero Jolyotte se presentó en casa de la jóven como un hombre que busca un profesor de dibujo para su hija. Dijo que venía de una provincia y que quería examinar las cosas por sus propios ojos antes de decidirse.

Dejó pues su baston y su sombrero, y pidió que le enseñaran dibujos. Luisa le trajo una cartera.

No era la primera vez que la jóven recibía tales visitas, pero una cosa que no podía explicarse hacia latir su corazón.

Sin embargo, la duquesita recobró ánimo, y con la gracia reservada y la silenciosa dignidad que la eran características, presentó algunos dibujos al caballero. Este los tomó, los dió mil vueltas, manifestó su aprobación y trató de hacerla hablar, á lo cual ella se prestó muy fácilmente aunque eludiendo con arte todas las preguntas que la eran relativas. Por esta parte se cerró á todas las insinuaciones.

Aquella mezcla de solidez, de reserva y de finura encantó al caballero, que no pudo menos de comparar á Luisa con Aglae.

Sin embargo, la persistencia de su interlocutor en proseguir la conversacion despertó las sospechas de Luisa; no era natural que un forastero que buscaba una maestra de dibujo hablara tanto y tanto. Le observó mejor y creyó reconocer en sus preguntas un deseo de penetrar en su vida íntima; esto la dejó cortada; no dudó ya quién era el personaje que tenía delante, pensó que su destino se iba á decidir en aquel momento, y un ligero temblor corrió por sus venas, mientras su rostro se ponía pálido.

Era aquel el hombre de que su padre la había hablado tan á menudo, el mismo que sabiendo que estaban en la miseria no le había abierto los brazos, el hombre en fin que esperaban todos los sábados hacia mas de doce años, y cuya ausencia repetida siempre llenaba la casa de tristeza y de luto!

¿Qué habría hecho su padre si por casualidad hubiera entrado entonces? ¡Qué golpe para él!... Por instantes tenía como un deseo loco de correr hácia el caballero, de tomarle por las manos y de decirle:

— ¡Soy yo!... ¡aquella Luisa que tanto mimábais!... ¿no la reconocéis?...

Pero en vano buscaba en el fondo de su memoria algunos de los rasgos del amigo que había perdido; no encontraba nada y no se atrevía á dar rienda suelta á su arrebató. ¿Qué habría sido de ella si la hubiera rechazado el caballero?...

Este se levantó en el momento en que la turbación de Luisa se veía muy clara en mil indicios y se despidió de ella. Se llevaba la mejor impresion de su primera entrevista, y la pidió permiso para volver próximamente á arreglar el asunto de las lecciones.

— Cuando gustéis, contestó la jóven con acento trémulo.

Y salió. Luisa le miraba por entre las cortinas cuando atravesaba el jardín.

Aun se hallaba en el mismo puesto á la hora en que entraba su padre con el rostro trastornado.

— ¡Le he visto, está aquí! exclamó el anciano.

Luisa se puso pálida como la cera.

— ¿De quién habláis?

— Del caballero Jolyotte, que está en Paris y no ha venido á verme.

M. Durand cayó muy abatido en un sillón.

Luisa se convenció de que el desconocido que había hablado con ella era el caballero. No pudo articular una palabra delante de su padre, temiendo que si hablaba se la escaparía el secreto de aquella visita. ¿Qué motivo dar á su presencia si no venía para estrechar en sus brazos á su antiguo amigo?

— ¿Qué te parece? repuso M. Durand levantándose con presteza; el caballero está en Paris á veinte pasos de la casa, y nada en su corazón le ha gritado que estábamos cerca de él!... Bien le he reconocido; andaba á paso menudo y dando en el suelo con el baston segun su costumbre... tiene el cabello cano... al verle me quedé helado y tuve que apoyarme en la pared para no caerme... Pasaba á cuatro pasos de mí... Le habría gritado. «¡Soy yo!... ¡tu viejo Gervasio!...» y le habría abrazado; pero en tanto que me enjugaba los ojos él prosiguió su camino y desapareció... mis pobres piernas no tenían fuerzas para correr detrás de él... ¿No has recibido ninguna carta?

Luisa contestó con una señal negativa.

— Es muy singular, continuó M. Durand, ¡ni carta, ni visita!... Y á la verdad, ¿porqué se ha de acordar de nosotros?... ¿No nos olvidó completamente en Nantes?... Así, ¡su vista me hace daño!

M. Durand iba y venía por el aposento con mucha agitacion; todo su pasado volvía á su memoria con la violencia de un río que rompe sus diques. Hablaba sin cesar á Luisa que en vano trataba de calmarle.

La llegada de Estéban puso un término á esta excitacion, que martirizaba á Luisa porque no quería abandonarse también á ella. Los recuerdos del padre eran igualmente amargos para la hija. Veía mas hondo que nunca el abismo que la separaba de Estéban, y en tanto que su padre miraba al pasado, ella miraba al porvenir.

Menos acostumbrado que ella al infortunio, Estéban se hallaba mas dispuesto á la esperanza. Lo que la jóven le contó con disimulo sobre la visita del caballero le confirmó en esta idea.

Era ya mucho haberle traído á Paris. Todas las aprensiones de Luisa le parecían otras tantas quimeras, y se prometía casarse con ella el mismo día que Andrés se casara con Aglae.

Y toda esta alegría y esta seguridad provenían del efecto producido por Luisa en el caballero, que había vuelto á casa de Estéban, muy contento de la visita y celebrando las buenas prendas de Luisa. ¡Cosa singular! Había notado en la fisonomía de la jóven alguna cosa que no se explicaba y que le recordaba una persona que seguramente había conocido en otro tiempo, y cuyo nombre le era imposible decir. Estéban pensó en la madre de Luisa cuyo retrato, por una feliz casualidad, no había distinguido el caballero.

Llevando á Luisa junto á una ventana en tanto que M. Durand permanecía absorto en sus recuerdos, la comunicó el motivo en que fundaba su esperanza. La primera impresion era excelente, la segunda seria mejor aun. Se tomara por asalto el corazón del caballero, como se toma una ciudad dentro de la cual hay amigos.

Dos ó tres días despues Estéban se quedó atónito con el recibimiento que le hizo la baronesa. Le tomó la mano y llevándole hácia sí le dijo:

— Os perdono, mi querido Estéban; pero debíais haberme pedido consejo.

Estéban se acordó de las recomendaciones de Aglae y nada respondió.

Por lo demás ya veía que la causa de Luisa estaba ganada.

— Quiero, dijo la baronesa, que haya un recuerdo mio entre los regalos de la novia; así que se celebren los desposorios la traeréis á casa.

— ¡Ah! repuso Estéban besando la mano de la baronesa; por vos me arrojaría al fuego.

Esta conversacion llena de reticencias acabó de dar al jóven la mas alta opinion de la habilidad y de la perspicacia de Aglae.

Andrés de Sorgues, á quien encontró en el portal y que le acompañó un buen rato, le anunció que estaba admitido oficialmente para hacer la corte á Aglae.

No sabía cómo se había efectuado tal revolucion; pero el resultado no podía ser mejor para sus esperanzas.

La víspera Aglae le había dicho con la serenidad que no le abandonaba nunca, que debía presentarse en casa de la baronesa y arrojarle á sus piés para pedir su mano. Había acentuado mucho el verbo arrojar para hacerle comprender bien que no era una figura de retórica.

Andrés, una vez de rodillas, debía dar á entender que su vida seria la mas dichosa del mundo si pudiera pasarla al lado de la baronesa con una mujer idolatrada.

Andrés había tomado la costumbre de someter su voluntad á la de Aglae que le parecía una persona muy sensata. Sin replicar, y como un soldado que marcha

al asalto á la voz de su capitán, entró resuelto en el gabinete de la baronesa.

La accion de arrojarle á sus piés le cortó un poquillo, pues un filósofo no está acostumbrado á demostraciones de esa especie, pero á las primeras palabras le cortó la baronesa y le dijo:

— No digais mas... os comprendo.

Cuando Andrés dejó la plaza ya tenía licencia para presentarse todos los días en la casa. Esto es lo que quería, de modo que no quiso informarse sobre los antecedentes.

Estéban pasó la noche en casa de la baronesa y notó que Aglae no pudo menos de sonreírse al verle. Se inclinó hácia ella y la dijo con alegría:

— Os saludo, señorita Maquiavelo.

Aglae cruzó sus manos sobre su bordado.

— Habría deseado no merecer ese nombre, dijo la jóven con un sentimiento de tristeza; me prometo que si algun día soy la señora de Sorgues, serán mi ley la franqueza y la rectitud. No tenía abierto el camino real y he tomado por los senderos de atajo...

Entonces contó á Estéban cómo de resultados de la conversacion que ellos habían tenido, encontrándose sola una noche con la baronesa, había sacado á relucir el nombre de Andrés, presentando con destreza el amor que la tenía como una cosa de rechazo; insinuó que á su parecer la atención del jóven se fijaba en otra parte en la casa.

— Me habla de vos en términos tan lisonjeros, tan bien sentidos, dijo al concluir, que si fuérais mi hermana creo que nunca habría pensado en mí; pero segun el carácter que en él descubro, ese hombre es capaz de hacer lo que el perro de la fábula, seguir la sombra toda su vida. Pasará su vida á mi lado, pero su imaginacion le llevará á otra parte.

La baronesa dijo que aquello era una locura, y se echó á reír de tales palabras; pero una hora despues consentía en ver á M. de Sorgues si por casualidad quería hablar con ella.

— Pues justamente ha pedido permiso para eso, dijo Aglae terminando su confesion.

El corto discurso que sirvió para Andrés fué empleado igualmente con ligeras modificaciones en provecho de Estéban con el mismo éxito.

Le representaron no ya como un pájaro que vuelve á su nido, figura que sirvió en otro tiempo, sino como un ciervo que huye del rincón de tierra donde una flecha le hirió cruelmente.

A esta imágen el corazón de la baronesa se ablandó de súbito. El honor del pabellón quedaba salvo y Estéban podía casarse con Luisa sin hacer traición.

Estéban extrañó no ver al caballero en casa de la baronesa donde había prometido que iría. Se recordará que el caballero había resuelto volver á casa de Luisa, y su intencion era en efecto la de presentarse dentro de poco. Estéban le esperó inútilmente por la noche.

Al volver á su casa oyó los pasos de su tío que andaba por el cuarto con una agitacion que le pareció de mal agüero. Empujó la puerta y le vió con el rostro trastornado.

El caballero se detuvo.

— ¡Con que ha sido un lazo! exclamó; conozco quien es Luisa; no se llama Durand, sino Delarue.

El caballero apenas podía hablar porque le sofocaba la ira.

Estéban se guardó muy bien de interrumpirle, y comprendió en fin lo que había pasado.

Cuando el caballero volvió á casa de Luisa, segun la promesa que la había hecho, se encontró á la puerta del jardín con un anciano, cuyo rostro alumbraba perfectamente un farol, en tanto que él se hallaba envuelto en la sombra.

El anciano preguntó con una voz que había reconocido entre mil si su hija estaba en casa. Una aparicion no habría producido un efecto mas terrible en el caballero. Sin voz y con la sangre helada en las venas, se arrimó á la pared para dejar pasar á M. Delarue, y una vez fuera del jardín, se metió en un coche para volver á casa.

Estéban conoció que había llegado el momento de la explicacion definitiva.

— ¿Y qué importa, dijo mirando á su tío frente á frente, qué importa el apellido de Luisa?

El caballero respondió con violencia:

— Importa que no quiero que me tomen por un tío de comedia á quien engañan todos... Veo claro en tu pensamiento... Estás con ellos contra mí... ¿Ignorabas tú quién era Luisa cuando viniste á verme?

— No por cierto, respondió Estéban.

— Entonces es una leccion que quieres darme, y has de saber que no la acepto. He hecho por ese diablo de hombre cuanto debía hacer; no tengo yo la culpa de que Gervasio lo haya rechazado todo... En fin, se concluyó la historia; mañana me vuelvo á mi casa, y no volverás á oír hablar del caballero Jolyotte.

— Como gustéis.

Aquí se cortó la conversacion.

El caballero se encerró en su aposento, y á la otra mañana Estéban supo por su criado que durante la noche el caballero había mandado llevar sus baules á una fonda donde se había retirado.

Estéban logró saber cuál era esta fonda; se presentó y no fué recibido.

El caballero dió parte con una esquila á la baronesa de su viaje próximo.

Estéban corrió á casa de la duquesita y no le ocultó nada de lo que habia pasado. Luisa comprendió toda la gravedad del asunto.

— ¿Qué haremos si el caballero no vuelve aquí? preguntó Estéban.

— Conozco á mi padre, dijo, es un hombre inflexible. En un arrebato de ternura quizás aceptaría por yerno un hombre sin el consentimiento de su familia; pero al sobrino del caballero Jolyotte, nunca... Por nada en el mundo querría que se pudiese creer que habia habido un cálculo por nuestra parte.

— ¿Y vos? preguntó Estéban.

— ¡Oh! yo os pertenezco... decidid á mi padre, yo estoy bien decidida.

Estéban esperó á que volviese el viejo profesor y se fué á su cuarto, y le dijo:

— M. Durand, voy á confesaros que amo á vuestra hija y que ella me autoriza para deciroslo; sin ella nunca podré ser dichoso... Pero el nombre de La Rochepont que llevo yo, no es mi apellido verdadero... es el nombre de un dominio... Me llamó Fougerot, y es mi tutor el caballero Jolyotte.

M. Durand tembló como un azogado.

— ¡Ah! exclamó; ¡es una gran desgracia!...

Y tendió su mano á Estéban.

— Esa confesion aumenta el afecto que os profesó, repuso, pero debemos separarnos.

Luisa hizo un movimiento.

— ¡Lloras! dijo; ¡ah! es el último golpe.

Luisa se volvió hácia Estéban con los ojos bañados en lágrimas:

— Adios, dijo, llevaos mi corazón y dejadme.

Y cayó sin fuerzas sobre una silla.

— Si tanta pena te causa, exclamó el viejo profesor, espera un poco... ya soy viejo y el dolor me tiene aniquilado...

Luisa de un brinco se arrojó en sus brazos.

— ¡Ah! si vuestra vida debiera menguar de una hora por causa de este amor, renunciaría para siempre á la felicidad, dijo ella.

Y sin soltar el cuello de su padre que habia enlazado con sus brazos, añadió mirando á Estéban:

— Estoy decidida; seré siempre vuestra amiga, vuestra hermana... vuestra mujer jamás.

Estéban salió medio loco. Un rayo habia reducido á cenizas su felicidad.

— Y sin embargo, ¡la ha visto! repetía incesantemente.

No obstante, la idea de separarse de Luisa no se presentó una sola vez á su espíritu. Ignoraba aun por cuáles medios alcanzaria la mano de la jóven, pero sí sabia que ninguna fuerza humana le haria renunciar á ella.

De nuevo se presentó en la fonda de su tío; el caballero no estaba.

Le esperó algun tiempo en la calle, pero no pareció; Estéban volvió á su casa desesperado.

El otro día era un sábado. Por la tarde M. Durand, que no habia dormido la noche anterior, se preparaba para la triste comida en la que faltaba siempre el convidado.

Se puso su hermoso frac negro, y Luisa se engalanó con su único vestido de seda.

Sentados uno en frente de otro en la sala se miraban apenas sin atreverse á desplegar los labios.

Estéban impelido por una fuerza irresistible subió á verlos; su presencia inesperada les hizo estremecer á entrambos.

— ¡Ah! murmuró el viejo profesor; ¡no será él el que venga!

Y tendiendo la mano á su discípulo le hizo sentar en un sillón á su lado. Por la puerta abierta se veía á la criada poniendo la mesa y colocando las tres sillas.

— Sois desgraciado, amigo mio, dijo M. Durand dirigiéndose á Estéban; mi hija sufre tambien... Sin embargo, mi conciencia me dice que he obrado como debia. Daria mi sangre por ella, pero no puedo darla una parte de mi honra.

— No os acuso, respondió Estéban, pero conozco que nada en el mundo, ni vos, ni el caballero Jolyotte, sofocará mi amor; he jurado que Luisa será mi mujer, y lo será... no me preguntéis cómo, porque no lo sé; me basta creer en ello y afirmarlo.

Habia un acento de fuerza y de verdad tan marcado en estas palabras que Luisa, por un movimiento súbito, puso su mano en la de Estéban.

— ¡Dios es bueno! exclamó.

Dieron las seis. Esta era la hora en que se pasaba al comedor. El viejo profesor clavó los ojos en la puerta.

— ¡Oh! no vendrá, repuso.

Y un sentimiento de punzante amargura se pintó en su rostro.

— ¡Y está aquí!... añadió con fuerza... hace bien en no venir, ese mal corazón... esta vez yo no le recibiría... y entonces se habria acabado todo.

Y se cubrió el rostro con ambas manos.

En las convulsiones de su pecho se veía que un sollozo le sofocaba. Estéban y Luisa contenian su respiracion, y no se atrevian á mirarle.

La criada entró en la sala.

— La comida está dispuesta, dijo.

— ¡Y! murmuró el viejo.

Cuando los tres se levantaron se oyó un campanillazo en la puerta exterior.

La criada abrió, un hombre entró, y M. Durand se puso pálido como un cadáver.

— Gervasio, dijo el caballero Jolyotte descubriéndose, vengo á comer contigo.

El viejo profesor lanzó un grito y cayó en sus brazos.

— ¡Ah! exclamó cuando pudo hablar, ¡un minuto paga diez años de sufrimiento!

Y luego cambiando de tono y volviendo su rostro inundado de lágrimas hácia su hija:

— Y bien... ¿tenia yo razon?... ¡bien sabia que debia volver!... repuso.

Su emocion era tan violenta que Luisa vió estaba á punto de caer al suelo; entonces corrió á él espantada.

— La felicidad no mata, hija mia... pero abrázale pues.

El caballero apenas respiraba.

— ¡Dios mio! dijo estrechando á Luisa sobre su corazón; te amaba ya... ¿qué será ahora?

La criada que lo veía todo y que en su turbacion rompía los platos, se enjugaba los ojos con la punta de su delantal.

— Ajustemos cuentas, repuso el caballero cuando se hubieron calmado un poco... la mitad de lo que tengo te pertenece.

— ¡Oh! no; contestó M. Durand, no me debes nada.

— Me he conducido como un hombre sin corazón.

— Te asistia el derecho... yo hice la tontería, yo debia pagarla.

— Silencio; ¿no era yo tu socio?... ¿no era todo comun en la casa?...

— Pero no era una razon para que soportaras las consecuencias de mi torpeza.

El caballero insistió, y M. Durand se mantuvo firme; el uno queria pagar, el otro no queria recibir un cuarto.

Los papeles se habian cambiado, y ambos se irritaban.

El caballero decia que lo que hizo era injusto; M. Durand afirmaba que su conducta habia sido la de un hombre orgulloso.

Estaban ya á punto de enfadarse cuando Luisa intervino, y dijo al caballero:

— Mi querido padrino ¿cuánto teneis?

— Un millon largo.

— ¿Y vos, padre mio?

— Nada.

— Ambos os engaÑais. Teneis dos hijos, abrazadlos.

— Hablas como Salomon, exclamó el caballero.

Y luego con una voz fuerte y estrechando en sus brazos á Estéban y á Luisa, dijo á la criada:

— Sirvenos la comida.

AMADEO ACHARD.

FIN.

### Una aventura de Listz.

Listz llegó á Praga el 1846 despues de un viaje por Alemania.

Al dia siguiente de su llegada se le presentó un extranjero ya muy anciano cuyo aspecto indicaba miseria y padecimientos. Recibiólo el célebre pianista con mas bondad de la que tal vez habria dispensado á un título de la nobleza, y le preguntó el objeto de su visita.

Alentado el viejo con la acogida benévola tomó alas para decirle:

— Vengo, señor, á la casa de un hermano. Perdóneme Vd. el nombre al considerar la distancia que media entre los dos; pero yo tambien he sido pianista, y en otro tiempo podia jactarme de tocar bien y enseñar con acierto. Ahora estoy viejo, enfermo, sin fuerzas y sin alumnos, pero con mucha familia. Vivo en Nuremberg, y vine á Praga para recoger una corta herencia que hube de mis padres. La herencia estaba en pleito, y aun que en el tribunal dicen que he ganado, la cuenta de las costas importa mas que la herencia. Mañana tengo que volverme á mi casa sin un ochavo.

— ¿Y por eso viene Vd. á verme? Tiene Vd. razon, y le agradezco esta prueba de aprecio. Ayudar á un hermano de profesion es mas que un deber; es un gusto para mí que pienso que los artistas deberian tener un bolsillo comun, y cuando la fortuna desdeña á los unos y favorece á los otros, compensar la falta de equilibrio por medio de la bondad fraternal. Ese es mi sistema. No vaya Vd. pues á hablar de gratitud.

Y expresándose de esta manera Listz abrió la gaveta en que guardaba su dinero. Encontró en ella tres centavos.

— ¡Vive Dios! ¡Bautista, Bautista!

— Mandé Vd., señor.

— ¿Dónde está mi dinero?

— Ahí, en esa gaveta.

— ¡Pero si aquí no veo sino tres centavos!

— Ya se lo dije ayer al señor, que no habia dinero.

— Ya lo ve Vd., dijo Listz volviéndose al músico viejo.

Por ahora estoy tan rico como Vd. No importa; yo sé sacar dinero de las teclas del piano. Pero como Vd. está de prisa por marcharse á su casa, no quiero que lo deje de hacer por mi momentánea falta de dinero.

Abrió entonces otra gaveta y sacó de ella un medallón guarnecido de diamantes.

— Este es un regalo del emperador de Austria, y creo que bastará, le dijo. El retrato de S. M. no vale dos cuartos; pero los diamantes son finos. Tenga Vd., véndalo, y lo que por él le dieran le servirá para su familia.

Rehusó el viejo aceptar tan rico presente; pero Listz insistió, y con él no habia medio de porfiar.

Salió el viejo muy contento y se dirigió á la casa de un rico joyero á quien propuso la compra del medallón. El joyero contempló la prenda, y examinando al viejo sospechó que la hubiese hurtado, pues ni su valor cuantioso conocia. Fingiéndose que seguia examinando los diamantes dijo algo al oido de uno de sus dependientes, y un momento despues entraron dos gendarmes y prendieron al viejo. Juró, protestó, pero en vano, porque le condujeron á la presencia del juez de policía.

El viejo, trémulo de vergüenza, escribió á Listz, quien no tardó en presentarse en la tienda del joyero.

— ¿Dónde está mi amigo?

— Los gendarmes se lo han llevado.

— Caballero, ha hecho Vd. muy mal. Vd. ha causado la desesperacion de un hombre inocente. Aquel medallón es del buen hombre que aquí lo trajo.

— ¿Y Vd. quién es para que yo le crea?

— Yo soy Listz.

— No conozco ningun millonario de ese nombre.

— Puede ser; pero yo soy bastante conocido.

— ¿Ya sabe Vd. que los diamantes valen seis mil florines ó quinientas guineas, ó doce mil francos?

— Tanto mejor para él.

— Pero Vd. debe ser muy rico.

— Toda mi fortuna consiste ahora mismo en tres centavos.

— ¿Entonces será Vd. un brujo?

— No, señor; pero moviendo los dedos hago saltar los doblones á millares.

— Pues será Vd. mago.

— Si Vd. quiere le daré una prueba de mi mágica.

Y sin pedir permiso Listz se sentó á un piano que habia en la trastienda del joyero y tocó una de esas melodias arrebatadoras que solo él sabe tocar.

Apenas empezó á sonar el piano cuando se asomó á la puerta interior una jóven que permaneció estática oyendo al pianista. Al terminar este, ella exclamó con irresistible entusiasmo:

— ¡Bravo, Listz, bravísimo!

— ¡Ola! dijo el joyero inmediatamente. ¿Con que tú lo conoces?

— Por primera vez en mi vida lo veo, contestó la jóven; pero nadie puede tocar así sino Listz.

— Ya lo ve Vd., buen hombre; dijo Listz orgulloso, y contemplando á la muchacha esbelta, de ojos rasgados y fisonomia dulce y simpática que tenia delante de sí. — Pero entendámonos, amigo; ¿vendrá Vd. conmigo para hacer poner en libertad al inocente que mandó á la cárcel?

— En el momento, señor pianista. Y tú, hija mia, haz que nos preparen la cena.

Solo una mujer habria comprendido aquel *nos*; pero la hija lo comprendió. En breve volvieron á entrar en la tienda Listz, su amigo con su medallón y el joyero, que en desagravio los habia convidado á cenar en su casa.

Los honores de la mesa fueron hechos por la muchacha, que miraba á Listz con la fascinacion que en un pecho femenil causa siempre un talento raro y único.

Aquella noche los músicos de la ciudad le dieron una serenata al famoso pianista y al dia siguiente se le ofreció una contrata en el teatro para doce funciones, abonándole una suma cuantiosa.

— Ya comprendo, le decia el joyero despues del primer concierto, cómo gana Vd. dinero moviendo los dedos. Si quisiera Vd. venir á cenar con *nosotros*.

Solo un enamorado habria podido comprender aquel *nosotros*; pero Listz lo comprendió. — La cena fué exquisita y la velada se prolongó hasta el dia. El joyero se habia retirado á dormir despues de la cena.

Y aquella cena no fué la única. Listz iba á estudiar á casa del joyero. ¿Qué estudiaba? No importa qué.

Un dia el joyero lo recibió tan cariñoso como siempre y con notable franqueza alemana le dijo:

— ¿Le gusta á Vd. mi hija?

— Es un ángel, contestó Listz.

— ¿Y qué piensa Vd. del matrimonio?

— Pienso que es tan bueno que hasta yo me casaria.

— ¿Qué diria Vd. á una dote de tres millones de francos?

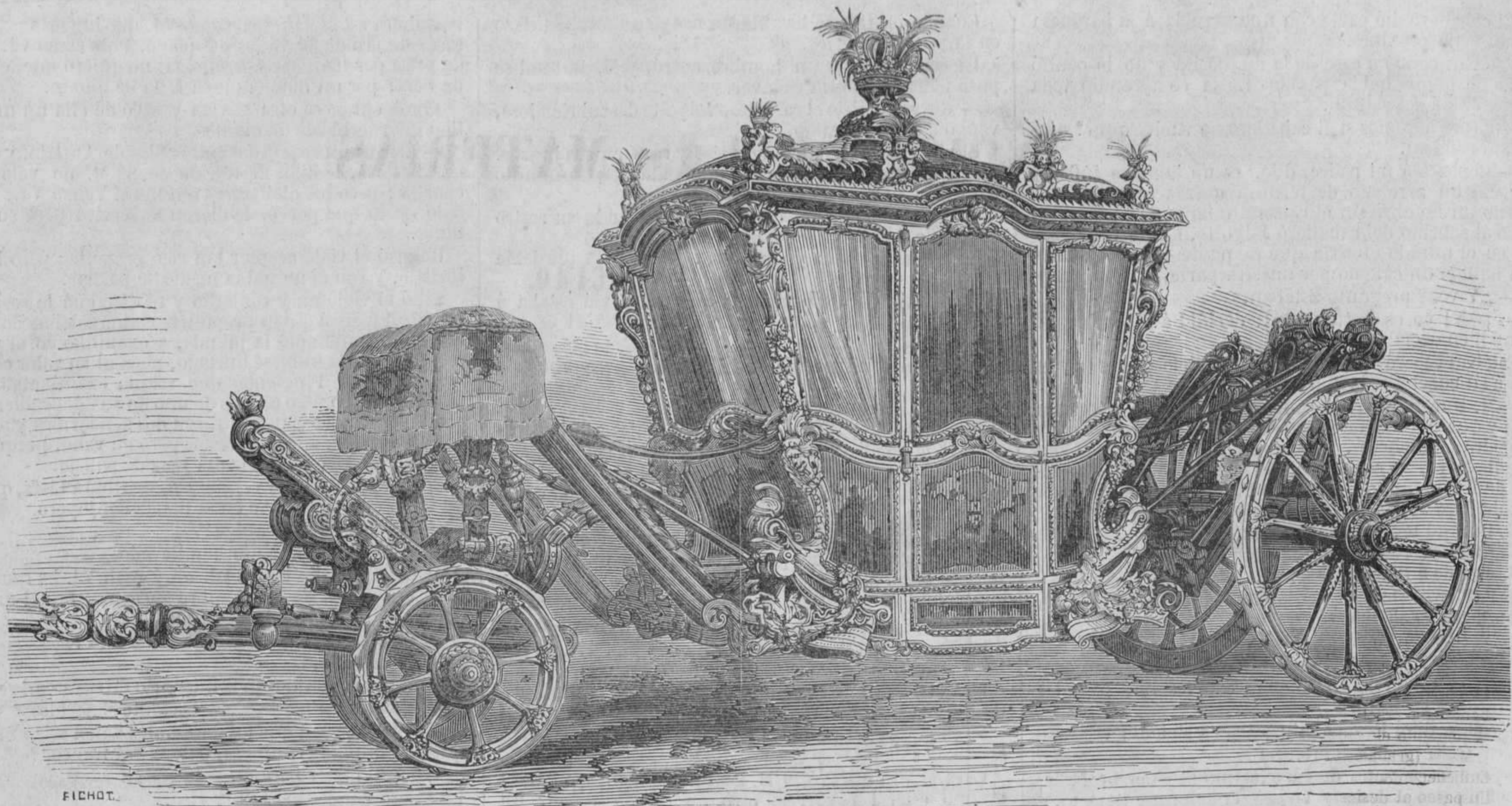
— Que la acepto.

— Pues entendámonos. Usted gusta de mi hija y mi hija gusta de Vd. La dote está en mi caja. Sea Vd. mi yerno.

— Aquí está mi mano. Ella tiene mi corazón.

Una semana despues se celebró el matrimonio, que recordarán siempre por su esplendor las crónicas de Praga.

JUAN GOMEZ.



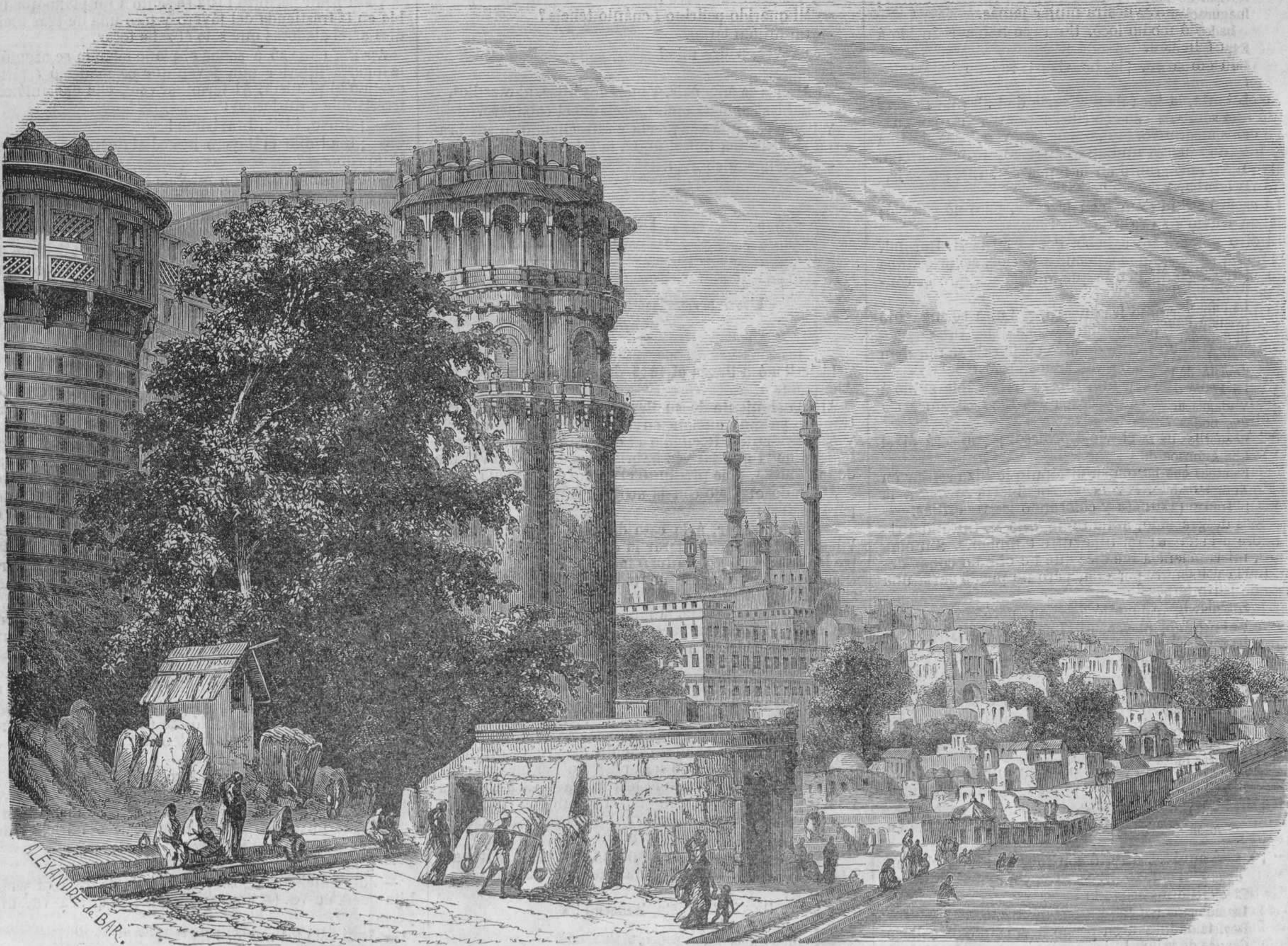
Coche de gala del casamiento del rey de Portugal. (Véase el artículo en la página 407.)

**EL GHAUT DEL SULTAN DE MAISSOUR, EN BENARES.**

El señor baron A. de la Grange es uno de los viajeros que mas noticias y dibujos curiosos nos ha traído de

sus excursiones por la India. Ya en mas de una ocasion hemos publicado vistas de monumentos célebres copiados de la abundante coleccion de M. de la Grange, y hoy ofrecemos á nuestros lectores el Ghaut del sultan

de Maissour en Benares, que tiene la misma procedencia. En cuanto á su exactitud, no tenemos otra cosa que decir sino que está tomado de una fotografia. X.



Ghaut del sultan de Maissour en Benares.



# INDICE DE LAS MATERIAS

## DEL TOMO UNDÉCIMO.

Número 261.		Páginas.	Número 266.		Páginas.	Número 271.		Páginas.	
Un episodio de la pérdida del «Dunbar» (grabado).....	1	Boletín científico.....	78	Pavía.....	151	Varada definitiva del «Leviatan» (grabado).....	id.	151	
Revista mensual de la literatura española.....	2	El Alcázar de Sevilla.....	id.	Las cacerías en Alsacia y en el país de Baden (grabado).....	154	Redencion.....	id.	154	
Las mujeres de Constantinopla (grabados).....	3	Arqueología.....	79	El Rey y el Hombre.....	155	Las siemprevivas (grabados).....	id.	155	
Singapore (grabados).....	4	Las ventas á pública subasta en Paris (grabado).....	id.	Los llanos. — Los caballos salvajes (grabados).....	157	Un recuerdo de amor.....	158	157	
Revista de Paris.....	6	<b>Número 267.</b>			Revista de la moda.....	159	Fuente de la plaza de San Sulpicio en Paris (grabado).....	160	
La Pluma.....	7	Explosion de un calorifero en la iglesia de San Sulpicio en Paris (grabado).....	81	<b>Número 272.</b>		Desembarco de elefantes en Calcuta (grabado).....	161	161	
Las fiestas de Año Nuevo y de Reyes (grabados).....	8	Revista dramática.....	82	Estudios históricos.....	id.	Teatro imperial de la Opera (grabado).....	164	id.	
La Llave de oro.....	10	Continuacion de la exportacion de la moneda de plata á la India.....	83	Fiesta de caridad en Marsella (grabado).....	id.	Revista de Paris.....	166	166	
Economía práctica.....	11	Las cacerías del emperador Alejandro (grabados).....	id.	Oros son triunfos.....	167	Prazdnik sviatova crestchenia. Yordann (grabados).....	id.	167	
Monumento elevado en Marsella en honor de la Virgen María (grabado).....	id.	Nápoles (grabado).....	85	Una cruzada contra el traje femenino.....	174	Boletín científico.....	175	175	
Embellecimientos de Paris (grabado).....	14	Los desengaños.....	86	Las cacerías de tigres en la India (grabado).....	id.	La fiesta de Santa Epissoire en Tolon (grabado).....	176	176	
Un paseo al desierto.....	id.	Revista de Paris.....	87	<b>Número 273.</b>		Mujeres de la India (grabado).....	177	177	
Revista de la moda.....	15	Apertura de las Cámaras prusianas (grabado).....	88	De la influencia de la religion en la mujer.....	178	Romance.....	179	179	
Ciencias.....	id.	Redencion.....	89	Romance.....	179	Los patinadores (grabado).....	id.	179	
La caza de becadas (grabados).....	id.	La India (grabados).....	92	Baile en el palacio de las Tullerías (grabado).....	181	Baile en el palacio de las Tullerías (grabado).....	181	181	
<b>Número 262.</b>		El archivo de Simancas.....	93	Revista de Paris.....	182	Una cruzada contra el traje femenino.....	id.	182	
Un tifon en Macao (grabado).....	17	Revista de la moda.....	95	Una cruzada contra el traje femenino.....	id.	Las fiestas reales en Berlin (grabado).....	183	183	
Estudios históricos.....	18	El general Havelock (grabado).....	id.	Revista de la moda.....	186	Revista de la moda.....	186	186	
Revista de Paris (grabado).....	19	Los patos silvestres en las orillas del Rhin (grabado).....	96	Curiosidades inglesas (grabados).....	187	El río de Canton (grabado).....	190	187	
Inauguracion del puente americano en el Beaume (grabado).....	21	<b>Número 268.</b>			El río de Canton (grabado).....	190	Una amistad á toda prueba.....	191	190
Explosion de un polvorin en Maguncia (grabado).....	id.	Atentado contra la vida del emperador (grabados).....	98	Una amistad á toda prueba.....	191	La primavera (grabado).....	id.	191	
La Llave de oro.....	22	Revista de Paris.....	99	La primavera (grabado).....	id.	<b>Número 273.</b>			
Economía práctica.....	23	La isla inglesa de Hong-Kong (grabado).....	100	Generales chinos hechos prisioneros en la toma de Canton (grabados).....	193	Caracteres generales de la poesia de los trovadores.....	194	193	
Las cacerías en Alsacia y en el gran ducado de Baden (grabados).....	id.	Incendio en Paris en el pasaje Jouffroy (grabado).....	101	Revista de Paris.....	195	Revista de Paris.....	195	195	
Boletín científico.....	26	Arresto de Walker y su cuadrilla (grabado).....	id.	Un baile en el córté de San Petersburgo (grabados).....	id.	¡Pobre Concha!.....	198	195	
Madagascar (grabados).....	id.	La ambicion por amor.....	102	Toma y ocupacion de Canton (grabados).....	199	Toma y ocupacion de Canton (grabados).....	199	199	
El Invierno.....	30	El corricolo. — La diligencia napolitana (grabados).....	103	Una amistad á toda prueba.....	202	Una amistad á toda prueba.....	202	202	
Del destino y de la utilidad permanente de las pirámides de Egipto (grabados).....	id.	Familias inglesas huyendo de los cipayos sublevados en la India (grabado).....	105	Los llanos. — Los vaqueros (grabados).....	204	Los llanos. — Los vaqueros (grabados).....	204	204	
<b>Número 263.</b>		Redencion.....	106	La noche.....	206	La noche.....	206	206	
La torre de Matam en el Senegal (grabado).....	33	El archivo de Simancas.....	107	Los ojos de la morena.....	id.	Epicos antiguos.....	id.	id.	
Revista Española.....	id.	Amalfi y sus cercanías (grabados).....	108	Mlle Artot, de la Academia imperial de Música (grabado).....	208	Mlle Artot, de la Academia imperial de Música (grabado).....	208	208	
La niña de ojos negros.....	35	El escribano de Perigoux.....	110	Teatro Italiano. — Marta, acto 2º (grabado).....	id.	Teatro Italiano. — Marta, acto 2º (grabado).....	id.	id.	
Cristian Rauch (grabado).....	id.	El proceso de Jesucristo.....	id.	<b>Número 274.</b>		La comunión del domingo de Pascua en Paris (grabado).....	209	209	
El Senegal y las costas occidentales del Africa (grabados).....	36	La gruta de la Balme (grabados).....	111	Estudios literarios.....	id.	En el album de Teresa.....	211	209	
Revista de Paris.....	38	<b>Número 269.</b>			En el album de Teresa.....	211	Los europeos en China.....	id.	211
La Llave de oro.....	39	Inauguracion del puente de Pont-de-l'Arche (grabado).....	113	La Semana Santa (grabados).....	212	Revista de Paris.....	214	212	
Madagascar (grabados).....	id.	La ambicion por amor.....	114	Revista de Paris.....	214	Filosofía.....	id.	212	
Las bodas de Cuasimodo.....	42	A. S. A. R. la señora duquesa de Montpensier.....	115	El Carnaval de 1858 en San Petersburgo (grabados).....	215	El Carnaval de 1858 en San Petersburgo (grabados).....	215	214	
Recuerdos de la guerra de Crimea (grabados).....	43	Desastres causados por los terremotos de Nápoles (grabados).....	116	Una amistad á toda prueba.....	218	Una amistad á toda prueba.....	218	215	
Los Alfonso de España.....	46	Revista de Paris.....	118	La muerte de Jesus (grabado).....	219	La muerte de Jesus (grabado).....	219	218	
Estatuas que han tenido amantes.....	47	El ciegucecito de Mataró.....	id.	Los funerales del principe de Uda en Paris (grabados).....	221	Los funerales del principe de Uda en Paris (grabados).....	221	219	
Antigüedades galo-romanas descubiertas en la aldea de Toulon (Allier) (grabados).....	id.	Tunez (grabados).....	119	La loca de amor.....	id.	La loca de amor.....	id.	221	
<b>Número 264.</b>		Las bodas de la princesa real de Inglaterra (grabado).....	121	Revista de la moda.....	222	Revista de la moda.....	222	222	
El salon de conferencias en el palacio del Cuerpo legislativo (grabado).....	50	Redencion.....	122	M. Rarey, el domador de caballos norte-americano (grabados).....	223	M. Rarey, el domador de caballos norte-americano (grabados).....	223	223	
Estudios históricos.....	id.	La ciudad de Tien-sing en el río de Pe-king (grabado).....	124	<b>Número 275.</b>		Expedicion á la China (grabados).....	225	225	
El arco de Fiorillo.....	51	Cercanías de San Pedro de la Martinica (grabado).....	125	Expedicion á la China (grabados).....	225	Revista Española.....	226	225	
Llegada del baron Gros á Macao (grabados).....	52	Revista de la moda.....	126	Revista Española.....	226	Revista Española.....	226	226	
Revista de Paris.....	53	El proceso de Jesucristo.....	id.	<b>Número 270.</b>					
La Llave de oro.....	54	Los últimos exploradores del Africa central (grabados).....	128	Nuevo puente en Ginebra (grabado).....	145				
El palacio del principe Napoleon en los Campos Eliseos (grabados).....	55	<b>Número 270.</b>			El premio de la virtud.....	id.			
Los tartufos de hogaño.....	58	Fondeadero de la division francesa en Boca-Tigris (grabado).....	129	Tunez (grabados).....	148				
Las bodas de Cuasimodo.....	59	Vista general de Macao (grabado).....	id.	Noticias de la China (grabado).....	id.				
Pinturas murales (grabados).....	id.	Revista Española.....	130	Luis Lablache (grabado).....	149				
Revista de la moda.....	62	Revista de Paris (grabados).....	131	Revista de Paris.....	150				
El Alcázar de Sevilla.....	id.	El puente del Rhin (grabado).....	134	<b>Número 270.</b>					
Antigüedades galo-romanas descubiertas en la aldea de Toulon (Allier) (grabados).....	64	Carlos el de Lavapies.....	id.	Nuevo puente en Ginebra (grabado).....	145				
<b>Número 265.</b>		El proceso de Jesucristo.....	id.	El premio de la virtud.....	id.				
El ejército inglés (grabado).....	65	Funerales de S. M. la reina de Uda (grabados).....	135	Tunez (grabados).....	148				
La ambicion por amor.....	66	Redencion.....	138	Noticias de la China (grabado).....	id.				
Revista de Paris (grabados).....	69	Vaucluse (grabados).....	139	Luis Lablache (grabado).....	149				
Glorias de la mujer.....	70	El Rey y el Hombre.....	142	Revista de Paris.....	150				
Las bodas de Cuasimodo.....	71	Una borrasca en Bona (grabado).....	143	<b>Número 270.</b>					
Los terremotos de Nápoles (grabados).....	id.	El yacht real «el Grillon» (grabado).....	144	Nuevo puente en Ginebra (grabado).....	145				
La Llave de oro.....	74	<b>Número 270.</b>			El premio de la virtud.....	id.			
Rachel. — Su muerte, sus funerales; apuntes biográficos (grabados).....	75	Nuevo puente en Ginebra (grabado).....	145	Tunez (grabados).....	148				
		El premio de la virtud.....	id.	Noticias de la China (grabado).....	id.				
		Tunez (grabados).....	148	Luis Lablache (grabado).....	149				
		El yacht real «el Grillon» (grabado).....	144	Revista de Paris.....	150				

